

BOLSLIBROS



SERVICIO SECRETO

¡... y Nueva York fue destruida!

de

CURTIS GARLAND



Todo comenzó así.

En aquél, vuelo, exactamente el número 407 de los vuelos internacionales de la compañía americana de vuelos *Charter*, llamada Starlight.

En principio, era un vuelo como tantos otros. De aspecto rutinario, y sin nada especial en sus características ni pasajeros.

Sólo en principio. Luego, llegó lo imprevisible.



Curtis Garland

¡... y Nueva York fue destruida!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1182

ePub r1.0

Titivillus 01-12-2019

Título original: *¡... y Nueva York fue destruida!*
Curtis Garland, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



Ésta es la historia de algo que jamás sucedió. Sin embargo, no es ciencia-ficción, sino tema actual de espionaje y acción.

Es la historia de un hecho no tan increíble como pueda parecer. Un hecho que no hubiera llegado a conocimiento de nadie, de haberse producido realmente. El Top Secret más absoluto lo hubiese evitado.

Lo malo de todo, es que es algo que pudo suceder.

Y que, sobre todo, puede suceder cualquier día.

Mañana.

Incluso hoy...

PRÓLOGO

El Secret Intelligence Squad, nunca conoció una situación parecida. Había sido creado como un nuevo organismo especial. El espionaje vulgar, los procedimientos tradicionales, habían quedado desfasados por la propia circunstancia mundial. Y se buscó crear super-organismos. Y super-espías.

Todo ello existe ya. Todo ello está en marcha. Existen esos organismos. En los países más importantes del mundo, sobre todo. Los grandes colosos mundiales necesitan recurrir a los super-espías. Y, naturalmente, a las super-organizaciones.

No se trata, exactamente, de sacar a la luz auténticos James Bond. Eso sólo sucede en la literatura y en el cine. Lo importante, es que haya varios agentes a lo James Bond. Una estructura superior, formada por auténticos genios del espionaje. Por superdotados. Casi por superhombres. Y por supermujeres, claro.

Entonces, inevitablemente, surgen los super-problemas. Y los conflictos se hacen realmente increíbles, de fabulosas dimensiones, que escapan a las características incluso de una CIA, una NKVD, el

MI-5,

el Deuxième Bureau o el Foreign Office.

Naturalmente, el Caso N. Y. *Zoom*, fue uno de esos *affaires* fuera de serie. El mayor de todos los que existieron en los anales del flamante

S. I. S.,

o (Secret Intelligence Squad).

Porque incluso para unos super-espías de la talla de los que debieron afrontar aquel tremendo dilema, sus consecuencias rebasaron todo lo imaginable.

Sí. Porque en aquel caso, denominado en el *dossier* correspondiente con la enigmática definición de N. Y. *Zoom*, llegó a suceder lo inaudito. Lo que parecía imposible.

Un genio del crimen puso en marcha un mecanismo criminal inaudito. Y, como consecuencia, se provocó el mayor desastre imaginable.

Alguien desafió al poder de los Estados Unidos de América, los colosos de Occidente, y... ¡Nueva York fue destruida!

CAPÍTULO PRIMERO

SECUESTRO AEREO

Todo comenzó así.

En aquél, vuelo, exactamente el número 407 de los vuelos internacionales de la compañía americana de vuelos *Charter*, llamada Starlight.

En principio, era un vuelo como tantos otros. De aspecto rutinario, y sin nada especial en sus características ni pasajeros.

Sólo en principio. Luego, llegó lo imprevisible.

Los vuelos *Charter* de la Starlight Co., tenían cierto prestigio. Eran buenos reactores, con excelente personal para el vuelo, desde los expertos pilotos a las eficientes, y amables azafatas. Nadie tenía queja de esa clase de vuelos, y no sólo los ricos turistas o los hombres de negocios y las convenciones tenían preferencia por sus servicios, sino también, a veces, personalidades que preferían pasar en el anonimato, bajo un falso nombre, viajando en un avión no regular, que quizá por ello mismo podía estar menos controlado por algún servicio de inteligencia enemigo.

Tal fue el caso de aquel vuelo, justamente el 407, que cubría la trayectoria Nueva

York-Tel

Aviv.

Dada la situación en Oriente Medio, con sus habituales tensiones y hostilidades mutuas, aquel vuelo entre la gran ciudad americana y la capital israelita no ofrecía excesivas razones para el optimismo. Pero el hecho de ser un rápido vuelo nocturno, prácticamente improvisado, casi clandestino, dada la celeridad con que fue contratado por la personalidad israelita que encargó y abonó inmediatamente tal vuelo, parecía ahuyentar toda posibilidad de que el viaje sufriese dramáticas y violentas interrupciones.

Sin embargo...

Sin embargo, a pesar de todo, sucedió.

Y no podía decirse que, a bordo del avión de la Starlight Company,

ese hecho tomara a todos desprevenidos. Alguien lo había esperado. Pero aún así, no llegó a tiempo de evitarlo. Quizá por la sencilla razón de que la presencia de ese alguien, a bordo del vuelo *Charter*, había sido ya prevenida, a su vez, por aquéllos que provocaron el trágico incidente.

Y, en consecuencia, la misión de una persona designada especialmente para evitar cualquier grave problema a bordo, quedó así anulada por la acción del oculto enemigo.

Esa persona, era el agente

S. I. S.

-3013.

Y el agente

S. I. S.

-3013..., era una mujer.

Una mujer, llamada Tania Blansky.

Tania Blansky advirtió enseguida que sucedía algo anormal.

Quizá fue la primera en notarlo, pese a todo. Pese a la guardia personal del importante personaje, pese a los recelos de la tripulación del *jet* de la Starlight Co. Y, sobre todo, pese a la incertidumbre, inseguridad y posibles temores del propio interesado, el viajero-clave de aquel vuelo 407 Nueva York-TelAviv, de una línea privada para viajes *Charter*.

Tania era una mujer muy inteligente. Pero, además, conocía su oficio. Y su oficio era recelar de todo y de todos, sospechar de cuanto la rodeaba, tener ojos, oídos e intuición para cuanto pudiera suceder fuera de lo normal.

Quizá por ello, cuando el importante personaje de terno oscuro, sobretodo gris plumizo, sombrero flexible de igual color y gafas de cristales caramelo, con montura de metal, se vio encañonado por la liviana, pero mortífera pistola ametralladora, Tania emitió un breve y ronco grito entre dientes, disponiéndose a intervenir.

Abrió, rápida, su maletín plano, sobre las rodillas, encima del cual tenía abierta la revista ilustrada de actualidad, para tomar un arma ligera, y actuar en alguna forma.

—Yo que usted no haría nada, señorita —silabeó, a su lado, la voz apacible.

Sorprendida, se volvió, ya con la mano en la culata de su arma especial, dotada de balas trazadoras en la oscuridad, mira

telescópica, mecanismo de precisión total, y un proyector especial de rayos infrarrojos, para hacer fuego en las tinieblas, si era preciso, sólo con mantener sus gafas puestas, cuyos vidrios eran, asimismo, filtros excelentes para luz infrarroja.

Se paró en seco Tania Blansky porque, por muchos ingenios que llevara consigo, para casos de máxima emergencia, su cuerpo de mujer joven y esbelta no estaba blindado contra proyectiles de pistola «Luger *Parabellum*», como la que se apoyaba ahora en su costado, prolongado el cañón por un tubo silenciador.

Miró de soslayo. No le sorprendió descubrir que quien la amenaza era un miembro de la escolta personal del hombre importante que iba a bordo. Esas cosas sucedían siempre del mismo modo.

—¿Comandos palestinos? —preguntó irónica, dejando con cautela su arma y su maletín.

—No hay respuestas, señorita —rió el hombre de la «Luger», quitándole el maletín calmosamente—. Entre todos mis vicios, no figura el de ser charlatán.

Ahora, había alguien más con su arma automática en la mano, controlando la situación. Era una azafata de tez bronceínea y ojos oscuros. El emblema de la Starlight, y su número de control como empleada, figuraba en una placa de esmalte, sobre su bien pronunciado seno izquierdo, que hacía perfecto juego con el derecho, tan agresivo como el otro. El golpe era perfecto, pensó Tania.

Un ayudante del piloto, una azafata... y un miembro de la escolta. El importante viajero, no podía hacer gran cosa. Ella, tampoco. El resto de la escolta y acompañantes, se hallaban en idénticas condiciones.

Además, el auxiliar del piloto avisó en voz alta, sin desviar su pistola ametralladora del viajero de excepción:

—Es mejor que no intenten nada. El vuelo está controlado. Otro compañero nuestro tiene sometido ya al comandante de vuelo. Si no intentan acción violenta alguna, no va a suceder nada, se lo garantizo.

—¿Qué significa esto? —Se inquietó, sin embargo, el principal amenazado, agitándose en su asiento, ante el arma enfilada hacia él —. ¿Un secuestro, quizá?

—Secuestro aéreo, profesor Robards. Algo muy frecuente en

nuestros tiempos, ¿no?

—Desgraciadamente, sí —convino el viajero, con un suspiro—. ¿Soy yo su objetivo, quizá?

—Evidentemente, lo es. De otro modo, este vuelo no hubiera sido interrumpido.

El profesor no hizo comentario alguno. Tania Blansky, que había escuchado atentamente todo eso, sí lo hizo.

—¿Qué piensan hacer con todos nosotros, si sólo les interesa el profesor? —indagó.

—Podríamos matarles a todos —rió irónicamente el hombre de la «Luger». Luego, sacudid la cabeza—. Pero no somos tan feroces, mientras no se resistan. Todos vendrán con nosotros a un lugar en territorio árabe, donde el profesor Robards será bien tratado y atendido, siempre que coopere con nosotros en la forma prevista.

—¿Cooperar? ¿No será como hacer traición? —sugirió Tania.

—Cuando se coopera a la fuerza, señorita, no hay traición, sino sometimiento. Y es mejor someterse que morir —sonrió el hombre de la «Luger», irónico.

—Evidentemente, eso es lo que estoy yo haciendo —musitó ella, tranquila.

—Eso es seguro. ¿A quién pertenece? ¿A la Seguridad Nacional, al FBI, a la CIA..., o a otro organismo diferente? Porque creo que no es usted semita.

—Soy americana. Mi trabajo es éste. Usted deberá averiguar el resto.

—La estoy interrogando.

—Y yo me estoy negando a ser interrogada.

—Hace mal. La fuerza está de mi parte, señorita.

—Ya lo veo —miró la «Luger»—. De cualquier modo, no le temo. Ni a usted, ni a su arma.

—Poseo sueros de la verdad, que harían hablar a un muerto —rió el hombre—. ¿Tendré que recurrir a ellos con usted?

—Hágalo —se encogió ella de hombros—. Voluntariamente, no pienso decir nada.

—Muy bien. Tendremos que hacerlo. Eso sí, prometo no hacerle daño..., si no me obliga a ello.

—Muy amable —contempló la noche, a través de la ventanilla del avión—. Veo poca cosa, la verdad. Pero me temo que hemos sufrido

ya una desviación de rumbo.

—Muy atinada observación, sí.

—¿Puedo preguntar adónde vamos? ¿A qué país, exactamente?

—Puede preguntarlo..., pero no recibirá respuesta —sonrió su interlocutor—. Todavía forma parte de lo estrictamente confidencial en esta operación, señorita y...

En ese momento, sucedió lo peor.

La escolta del profesor Robards estaba rindiendo sus armas, depositándolas en el suelo del avión, ante la amenaza. Pero dos hombres, repentinamente, se incorporaron en su asiento, pareciendo que iban a tirar las armas. Las arrojaron, ciertamente. Pero sólo para mover sus brazos, y hundir las manos en los asientos, de donde brotaron, entre los brazos y el respaldo, con pequeñas y chatas armas automáticas.

Iniciaron una ráfaga sobre los asaltantes del avión. Tania Blansky dilató sus ojos angustiados. La azafata se encogía, repentinamente pálida, con unas rojas manchas sobre su uniforme azul. Disparó sin orden ni concierto, perdiéndose sus balas en el fuselaje del aparato acolchado.

El hombre de la «Luger», y el ayudante del piloto, volvieron, rápidos, sus armas hacia los que disparaban. Abrieron fuego rabiosamente.

Fue una auténtica criba humana. Los cuerpos, cosidos a balazos, cayeron contra los respaldos de los asientos. Las ropas y el tapizado del avión sufrieron salpicaduras violentas, color escarlata. Los alaridos de agonía sonaron, espeluznantes, dentro del aparato de la compañía de vuelos *Charter*.

El momento de violencia fue fulminante, fugaz. Pero al terminar, sólo tres o cuatro segundos después de haberse iniciado, dejó sobre sus asientos dos cadáveres ensangrentados, dos miembros de la escolta personal del profesor Robards que, pálido, desolado, giró la cabeza, mirando a los muertos. Luego contempló a los tiradores, cuyas armas humeaban.

—¿Por qué? —musitó—. ¿Por qué toda esta violencia?

—Nosotros no la iniciamos, profesor —replicó el hombre de la «Luger», con sequedad—. Sólo pedimos sometimiento pasivo.

—Lo iniciaron todo, al secuestrar un avión en vuelo —replicó Robards—. Es una sucia forma de violencia y de abuso de poder y

de fuerza, venga de quien venga.

—Déjese de sermones, profesor. Usted nos hace falta, eso es todo. Vale más que se calle y obedezca. Su vida vale demasiado para arriesgarla como la de sus poco inteligentes guardianes.

El profesor se mordió el labio inferior, en silencio. No replicó. Tania Blansky contempló, seria, al hombre de la «Luger».

—De modo que el profesor es la clave de todo esto —dijo serenamente.

—Ésa parece ser la situación —convino secamente el hombre armado.

—Un secuestro internacional. Un hombre famoso en el terreno científico y técnico. En otros tiempos, hubiera asegurado que era una maniobra comunista, un complot de Moscú o de Pekín.

—En otros tiempos, no hubiera habido duda —existía una nota de ironía en el tono de su interlocutor, quien añadió seguidamente, con tono casi afable—: Y en estos tiempos, señorita, ¿qué supone usted que puede ser?

—Cualquier cosa —se encogió ella de hombros—. El mundo anda demasiado revuelto para que uno pueda centrar sus sospechas de un modo definido.

—No quiere arriesgarse, ¿eh?

—No tengo espíritu de jugadora —señaló ella—. ¿Por qué aventurar nada, cuando no existen posibilidades favorables?

—En el juego de las adivinanzas, señorita, no se pierde nada tampoco.

—Prefiero no adivinar —replicó Tania—. Es mejor afirmar, decir algo rotundamente, con total seguridad.

—Cuando pueda hacerlo, será tarde.

—Eso suena a amenaza.

—Nada más lejos de mi intención que amenazarla. Sencillamente, ignoro quién es usted y para qué organismo concreto trabaja, cuando forma parte de la escolta personal del profesor Robards, sin pertenecer a su grupo de colaboradores y ayudantes habituales.

—Muy seguro parece de eso.

—Lo estoy. Conocemos al dedillo a todas las personas que trabajan con el profesor. No hemos dejado ningún cabo suelto, antes de dar este golpe.

—Sí, lo imagino.

—Le decía que ignoramos para qué organización norteamericana de seguridad trabaja usted, pero no corre prisa averiguarlo. Nos lo dirá por sí misma, sin violencias, cuando comprenda que no conduce a nada esconder la cabeza bajo el ala. Entonces, usted sabrá también bastante más sobre nosotros. Pero le repito que será tarde. No porque usted corra peligro alguno, en tanto se porte serenamente y no haga tonterías. Sencillamente, será tarde..., porque usted estará lejos de persona alguna a quien exponer lo que sepa.

—¿Voy a permanecer cautiva por mucho tiempo?

—Es posible que sí. Pero vale más eso que morir. Será, de cualquier modo, un cautiverio cómodo. Ya le digo que no tenemos nada personal contra usted. Quienes se porten con buen juicio, no tienen que temer en absoluto la menor violencia física. Eso se lo garantizo, señorita.

Tania Blansky no hizo comentario alguno. Se mordió el labio inferior, y cambió una mirada pensativa con el profesor Robards. Éste se encogió de hombros, e incluso aventuró una leve sonrisa.

—¿Qué podemos hacer, hija? —comentó—. Estamos en sus manos. Y contempló los cuerpos sin vida, ensangrentados horriblemente, de los dos miembros de su escolta personal. Las víctimas de los asaltantes del avión estaban ahora cubiertas con mantas, pero su presencia ominosa, el bulto perfectamente definido de aquellos cuerpos inmóviles y encogidos, resultaba por sí sola bastante estremecedora.

El avión de la Starlight proseguía apaciblemente su vuelo. El ayudante del piloto estaba ahora cuidando del cadáver de la azafata que colaborara en el golpe audaz en las nubes. Por unos momentos, sólo se percibió dentro de la cabina el zumbido de los reactores.

—De modo que el piloto... también está metido en esto —indicó fríamente el profesor.

—El piloto actual, sí —sonrió el individuo de la «Luger». El inicial, no sabía nada.

—¿Y también él está...?

—¿Muerto? —El interrogado se encogió de hombros—. Profesor, no siempre se pueden respetar las vidas humanas. Y no siempre tienen suficiente valor para evitar que el mundo siga su curso.

—Una filosofía completamente cruel, falta de piedad —señaló el científico.

—Tómela como le guste. El mundo actual es cruel. La piedad no existe. ¿Esperan que sólo nosotros la tengamos?

—Pero..., ¿quiénes son ustedes? —indagó Tania Blansky, con voz grave.

La miró el agresor. Sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Insiste siempre en el mismo tema, ¿eh, señorita? —rió—. Deje las preguntas para más tarde, se lo ruego. Ahora, tenemos mucho que hacer.

—Creí que todo estaba hecho.

—No. Todo, no. Hemos dado el paso más importante. Ahora, necesitamos llegar a nuestro destino, burlando la vigilancia de sus amigos. Es preciso que el mundo ignore, todavía, lo sucedido a bordo de este vuelo. Al menos, hasta que alcancemos el lugar adonde vamos.

—¿Muy lejano? —indagó ella, irónica.

—No, no demasiado lejano —fue la ambigua respuesta.

Y supo que ya no atenderían más preguntas.

CAPÍTULO II

EL REACTOR PERDIDO

Estaba amaneciendo.

Tania Blansky consultó su cronómetro de pulsera, con expresión meditativa. Bostezó luego, desperezándose en el asiento, y envolvió mejor su cuerpo en la manta escocesa, de suave y esponjosa lana que cubría sus piernas.

—Es mejor que aleje de usted la pereza, señorita Blansky —dijo la voz del hombre, seca y concisa—. Hemos llegado.

—¿Eh? —Ella enarcó las cejas, incorporándose. Miró por la ventanilla rectangular, hermética, del reactor de escasas dimensiones y potentes turbinas, con el distintivo de la Starlight, Compañía de Vuelos *Charter*. A todo el mundo, como decía su habitual *slogan*.

Vio el sol, emergiendo entre jirones de nubes grises y anaranjadas, hacia su lado derecho. Eso quería decir que el morro del avión apuntaba al Norte. No era gran cosa, pero significaba algo. Además, su reloj marcaba exactamente las siete menos once minutos. En el mes en que se encontraban, una hora de amanecer algo meridional, sin duda. Tampoco quería decir nada concreto, pero acaso valiera la pena archivar mentalmente el apunte. Y lo hizo, al tiempo que volvía a desperezarse, sintiendo entumecidos sus miembros, pese a la buena temperatura ambiente, que el aire acondicionado del avión regulaba con matemática precisión.

Miró a su alrededor, preguntándose si no habría sido todo un sueño desagradable, y el vuelo con el profesor Robards seguiría su ruta normal, sin problemas.

No. No había sido un sueño.

En el asiento de enfrente, al otro lado del corredor central de la cabina de pasajeros, yacían los dos cuerpos encogidos. Las mantas que los cubrían empezaban a mostrar huellas de oscuras manchas circulares. Sangre humana, sin duda, como los manchones del suelo del avión.

Allá, al fondo, otra manta envolvía un tercer cuerpo cuidadosamente situado sobre dos asientos, junto a la puerta de comunicación con la cabina del piloto. La azafata, sin duda. Un miembro del «comando» anónimo que diera el golpe a bordo, apoderándose del reactor en una breve y sangrienta escaramuza. No fue una pesadilla. Realmente, aquello había sucedido. Estaba segura de ello, pero siempre gustaba dudar tales cosas. Y sus dudas estaban despejadas ya.

—¿Zumo de naranja, señorita Blansky? —preguntó la misma voz de antes.

Miró. No era ya el hombre de la «Luger», que permanecía en guardia, ante el profesor Robards. Se trataba del ayudante del piloto. Le tendía en una bandeja un vaso mediado de zumo de fruta, junto a unos tarros de mermelada, mantequilla y galletas.

—Gracias —suspiró Tania—. Sólo el zumo de naranja. No tengo apetito.

—Bien. Podrá comer otras cosas en breve, apenas estemos en casa.

—¿En casa? —Ella miró al «comando» con aire abstraído—. Oh, sí, claro. En su casa... Por cierto, ¿sabe ya mi nombre?

—Mi amigo me informó —señaló al de la «Luger»—. Revisó sus documentos antes. Tania Blansky. Veinticinco años. Ciudadana americana. Nacida en Polonia, de madre rusa y padre polaco. Profesión oficial, programadora de computadoras electrónicas y especialidad en secretariado de cibernética. Todo muy ambiguo, señorita Blansky. Tras ello, puede ocultarse un miembro de los Servicios de Inteligencia de Washington. Y de hecho, es así, ¿verdad?

—Ustedes se lo dicen todo —se encogió ella de hombros, probando el fresco zumo de fruta, que le hizo sentirse algo mejor.

—El profesor Robards es semita. Usted podría serlo, señorita Blansky. Hay muchos en Polonia. Y en Norteamérica.

—Ya. ¿Ustedes son comandos palestinos, entonces? —argumentó Tania, secamente.

—No hemos dicho eso.

—Tampoco dije yo que fuese judía.

—Era sólo un comentario. Usted pareció pensar en un golpe terrorista árabe, en un principio.

—Es lo que se lleva esta temporada, ¿no? —rió entre dientes Tania.

—Admito que así es —se inclinó, la miró fijamente, y tomó el vaso de zumo, que ella le devolvía, casi vacío ya. Añadió, con voz tensa —: Pero se equivoca, créame. Las cosas no son lo que parecen.

—Hablas demasiado, Sohl —dijo fríamente la voz del hombre de la «Luger», desde su asiento, sin inmutarse en apariencia.

—¿Eh? —El llamado Sohl se volvió, con cierto sobresalto. Tragó saliva—. Sólo le decía a la señorita que...

—Sé lo que le decías. Ella lo sabrá por sí misma, en breve. No hacen falta tus comentarios, Sohl.

—Escucha, Ezra, yo sólo pretendía...

—No hace falta que sigas hablando. Deja a la señorita tranquila. A su debido tiempo, lo sabrá todo. Y por boca de nuestro jefe.

—¿Su jefe? —Ella miró al llamado Ezra—. ¿Quién es?

—Pregunta demasiado —suspiró Ezra, apoyando su inseparable «Luger» sobre el brazo opuesto, mientras el profesor Robards clavaba en él una fría mirada pensativa—. Espere un poco. Estamos aterrizando.

Era cierto. El avión perdía altura. Trató ella de ver algo. No descubrió sino un llano árido, unas lomas peladas, heridas por el sol del amanecer. Y algo más lejos, una línea azul en el horizonte, que lo mismo podía ser de un lago que de un ancho río... o del mar.

Descendieron hábilmente en el llano. Descubrió ella señales para aterrizar aviones. Vio un hangar, helicópteros alineados bajo un cobertizo, y un edificio con gente armada, de extraño uniforme militar. Trató de recordar qué país ostentaba un Ejército con uniformes grises y negros, y no recordó ninguno. Tampoco le dijo nada la bandera amarilla, con una franja diagonal negra, ni el distintivo negro y amarillo de los helicópteros.

—Hemos llegado —sonrió Ezra, incorporándose. Puso la «Luger» enfilando a la cabeza del Robards—. Vamos ya, señores.

—Estamos en casa, ¿no? —sugirió, irónica, Tania.

—Eso es. En nuestra casa. Bienvenidos a ella, señores. ¡Son nuestros invitados!

—Curioso modo de invitar —dijo el profesor, secamente, poniéndose en pie.

—Es mejor que llegar como ellos —señaló a la azafata y a los miembros de la escolta, inmóviles bajo las mantas—. Por favor, sigan las instrucciones, y no sucederá nada. Les aseguro que,

aunque el procedimiento resulte algo brusco, esto no es sino una invitación amistosa. Cuyo grado de cordialidad, naturalmente, depende exclusivamente de ustedes.

—Someterse... o morir, ¿no? —Fue la dura réplica del profesor Robards.

—Es un modo algo rudo de exponer las cosas —rió Ezra, encogiéndose de hombros—. Pero en cierto modo, podría ser así.

—Un momento —dijo Tania, deteniéndose en medio del pasillo del avión—. Tienen ustedes en su poder un avión que no les pertenece, de una empresa privada. Me tienen a mí, que nada represento en todo esto. Y tienen al profesor. ¿Qué piensan hacer? ¿Quedarse con todo y con todos?

—Podríamos hacer eso. Pero necesitamos dinero.

Mucho dinero. Eh realidad, vamos a pedir un rescate por usted, por este avión..., y por la vida del profesor Robards, que será devuelto dentro de unos meses, sin falta, siempre que su Gobierno cumpla lo que de él pedimos.

—Entiendo. Chantaje internacional, ¿no?

—Dele el nombre que quiera, señorita Blansky. Es un modo de obtener dinero para nuestros gastos, que son muy elevados. Esa suma será pronto anunciada a su Gobierno, puesto que estamos ya a salvo de cualquier contingencia.

—Imagino que no será ninguna cantidad insignificante, ¿no?...

—Imagina bien. Muy bien, señorita Blansky. Serán, exactamente... veinticinco millones de dólares.

* * *

—¡Veinticinco millones de dólares!

—Es la suma, sí.

—¡Es una locura!

—Puede que lo sea. Pero eso es, justamente, lo que ellos piden.

—¡Ellos! ¿Quiénes son «ellos»?

—Eso, aún no lo sabe nadie.

—¡Existe un Servicio de Inteligencia para que cosas así sean conocidas!

—Posiblemente lleguemos a conocerlas. Pero de momento, todo cuanto sabemos es la fría relación de los hechos: un reactor de la

compañía de vuelos *Charter*, Starlight, ha sido secuestrado en pleno vuelo. Murieron a bordo cuatro personas: dos miembros de la escolta personal del profesor Zachary Robards, el piloto del avión, y un miembro del «comando» que llevó a cabo el golpe. En este momento, tienen en su poder al profesor, a otro miembro de su escolta personal, y a Tania Blansky, en calidad de rehenes. Sin contar el propio aparato de la Starlight.

—Robards es israelita. Tania nació en Polonia, y tiene origen judío. Pudieron ser comandos árabes...

—Pudieron serlo, pero nada sabemos. No existen indicios de que ningún aeropuerto árabe haya recibido al avión secuestrado. Virtualmente, éste ha desaparecido. Su último informe procedía de un punto sobre el Atlántico, en el Africa Occidental, pero eso nada indica. Marruecos y otros estados árabes de la zona, han negado rotundamente saber nada de tal secuestro aéreo, así como del actual destino del profesor Robards. Nuestros servicios de información en esos países, tampoco han detectado novedad alguna que indique posible complicidad o apoyo árabe a los secuestradores.

—Pero existe el mensaje, reclamando ese dinero...

—Existe, sí. Fue radiado a Londres y París, esta misma mañana. Desde allí, urgentemente, comunicaron con nuestro Gobierno para notificárselo. Washington deberá abonar veinticinco millones de dólares para recuperar el avión, y salvar las vidas de Tania Blansky, y el miembro vivo de la escolta de Robards. E incluso obtendremos la garantía de que éste no sufrirá daño alguno, y, tras un período máximo de tres meses de cautiverio, será devuelto, sano y salvo, a nuestro Gobierno o bien al de TelAviv.

—¡Garantía! ¿Qué garantía pueden ofrecernos unos piratas del aire, Maddox?

Lyman Maddox no dijo nada, de momento. Se inclinó encogiéndose sus hombros, para hablar, tras una pausa:

—Garantía, ninguna. Pero negar esa suma, es cerrar toda puerta a una negociación. Y poner en peligro tres vidas humanas: la de un agente de seguridad, la del profesor Robards..., y la de Tania Blansky, nuestra compañera.

Ahora fue el interlocutor de Lyman Maddox quien calló, frotándose el mentón, con ira, enérgicamente contrariado sin duda alguna. Werner Shark, Director General de la Sección de Servicios

Internacionales de la Secret Intelligence Squad, el cuerpo de Seguridad. Nacional en formación y período de pruebas, pareció meditar las palabras de su interlocutor. Finalmente, tras atender dos llamadas telefónicas de urgencia, por la línea directa de emergencia máxima, se enfrentó a Maddox, decidido.

—¿Cree, de veras, que esos bandidos ofrecen auténtica garantía? —indagó.

—No lo aseguro. Ni siquiera lo creo firmemente. Pero debemos confiar en ellos. Piden una fortuna. Hay que dársela. O ejecutarán a sus rehenes y dinamitarán el avión, sin remedio. Todo eso vale más, mucho más de veinticinco millones de dólares.

—Trate de convencer de ello al presidente o al Tesoro —dijo, sarcástico, Shark.

—Lo intentaré, desde luego. Sobre todo, teniendo en cuenta que esa suma puede ser el principio de algo más.

—¿Principio? —Dilató sus ojos Shark—. ¿Veinticinco millones... un principio? Yo más bien diría que es un final, un objetivo. Una meta, en suma.

—Saben lo que vale Robards. Es la mayor inteligencia mundial en biocibernética. Tania Blansky es una maravillosa especialista en computadoras. ¿Sabe lo que me dijo, antes de salir de viaje con el profesor, en ese vuelo *Charter* ultrasecreto, con destino a TelAviv?

—No. ¿Qué le dijo?

—Que Robards era capaz de cualquier cosa, con medios y con tiempo para trabajar. Su labor en las computadoras es impresionante. Un cerebro electrónico vulgar, podría llegar a pensar por sí mismo, si Robards se empeñase en ello. Él dice siempre una frase que parece un *slogan*, pero que puede ser una terrible realidad: «Dénme medios y tiempo, y yo programaré en una computadora lo que sea. Incluso el fin del mundo, si eso sirviera de algo».

—El fin del mundo... —Shark sacudió la cabeza—. Eso no tiene sentido. Nadie programaría eso, a menos que estuviera loco. Y el profesor Robards es la persona más lúcida que he conocido.

—El, sí. Pero..., ¿y los secuestradores? —sonrió fríamente Maddox—. ¿Sabemos si son idealistas, fanáticos, políticos o agitadores? ¿Sabemos algo de ellos y de sus futuros planes? ¿Por qué secuestrar a un biocibernético, en vez de intentarlo con un experto en física

nuclear, pongamos por caso?

—No lo sé ni lo entiendo, Maddox. Le hice llamar porque Tania es compañera y amiga suya. Decida usted lo que debe hacerse.

—Ya se lo dije: entregar esos veinticinco millones.

—Si le respondo eso al presidente..., ¿imagina lo que dirá? De un plumazo, puede borrar el flamante

S. I. S.

para siempre.

—Nos tiene que dar una oportunidad. Siquiera una, cuando menos. Y puede ser ésta.

—Si pagamos ese dinero, habremos demostrado que el

S. I. S.,

no sirve absolutamente para nada.

—Espere, señor. Hay que apurar los hechos. No sabemos nada sobre el paradero actual del profesor y los demás. Aceptando la entrega de ese dinero, estarán obligados a decirnos dónde están o, cuando menos, dónde han de recoger ese dinero y entregarnos a su vez a los rehenes previos, a la espera de devolver posteriormente al profesor Robards.

—Siga. ¿Adónde va a parar?

—A esto: alguien debe llevar los veinticinco millones de dólares a los secuestradores.

—¿Y bien...?

—Ese alguien, podría ser... yo.

—¿Usted? —se asombró Shark, estupefacta la expresión.

—Eso es —sonrió Lyman Maddox, del

S. I. S.

—. Entonces, cuando menos, tendré que establecer un contacto con ellos. Y descubrir algo, lo que sea. Algo que puede llevarnos al descubrimiento de los culpables.

—Ellos recelarán de cualquiera que vaya. Dudarán de todo el mundo, Maddox. A estas alturas, saben sin duda, que Tania es agente de alguna entidad de Inteligencia, aunque ella no haya dicho nada. ¿Qué pensarán del hombre que lleve la cantidad de rescate?

—Haremos que piensen algo —rió Maddox—. Pero nada de lo que ellos puedan esperar...

—Confieso que no le entiendo.

—Lo entenderá cuando le diga lo que pretendo...

Maddox se lo dijo. Su jefe, Werner Shark, se quedó asombrado, escuchando el plan de su subordinado, al final, sacudió la cabeza, indeciso.

—¿Resultará? —Puso en duda.

—No lo sé —sonrió Maddox—. Es el riesgo del juego. Me gusta jugar, señor. A veces, sin cartas se puede ganar una partida...

—O se puede perder.

—Conforme —aceptó el agente—. En ese caso, sé lo que perderé.

—¿El pellejo?

—Algo así —convino, encogiéndose de hombros con indiferencia.

* * *

—Maddox es el hombre. Lyman Maddox —dijo fríamente Ezra.

Los demás cambiaron una mirada entre sí. Algunos ojos se clavaron de soslayo en Tania Blansky. Ella, sentada en la confortable butaca blanca, esponjosa y cómoda, no reveló emoción alguna, aunque sólo ella sabía lo que eso le costaba. —Maddox...— repitió Sohl—. ¿Quién será, exactamente?

—No lo sé —confesó Ezra—. Pero vamos a saberlo enseguida.

Caminó hasta la computadora. Accionó una serie de teclas. Complejos sistemas programados en los circuitos electrónicos, hicieron zumbir suavemente a la máquina mágica. Finalmente, vomitó una tarjeta plástica, perforada. Ezra la tomó en sus dedos, encajándola en un «lector» electrónico. Hubo un suave zumbido, y una voz metálica «leyó» el texto grabado por perforaciones en la tarjeta:

«Lyman Maddox. Treinta años. Norteamericano.
Agente especial del nuevo organismo de seguridad
Secret Intelligence Squad, o

S. I. S.,

al servicio de Washington y su Gobierno. Ojos pardos,
cabello castaño claro. Seis pies de estatura. Gran
tirador de rifle y pistola automática. Jugador de ruleta,
naipes y ajedrez. Deportista. Primer puesto en su
promoción del servicio secreto, como especialista.

Coeficiente intelectual y físico, sobre un máximo de diez: nueve, coma siete. Peligroso. Altamente peligroso. Especial atracción por el sexo opuesto».

La lectura mecánica terminó. Ezra y los demás, se miraron, en silencio. Tania Blansky pestañeó. Fue su única muestra de emoción. A Ezra no se le escapó. Caminó hacia ella, despacio. Los ojos oscuros y centelleantes de Tania se fijaban en él.

—Conque es eso... —recitó Ezra, despacio—. S. I. S.... Un nuevo organismo de seguridad. Lyman Maddox. Un superagente. Usted misma, señorita Blansky..., es superagente femenino, no me cabe duda. Hemos utilizado ondas electromagnéticas para hipnotizarla. Resultaron con otras personas. Con usted, no. Está especialmente dotada de fuerza mental para repeler esa clase de armas mentales. Conoce a Lyman Maddox, seguro.

—Son sus teorías, amigo. Yo no he dicho nada —sonrió la joven.

—Son teorías, sí. Pero ciertas. Estoy seguro. Es bonita, atractiva. La clase de chicas que gustan de un tipo como ese Maddox. Compañeros de aventuras, ¿eh? Muy bien. No vamos a dejarnos engañar. Ya ve que nuestro archivo es amplio. Poseemos datos precisos sobre todos los agentes especiales norteamericanos. El que va a traer los veinticinco millones es persona que no nos resulta desconocida ya. El ignorará esto. Vendrá confiado.

—Y ustedes faltarán a su palabra...

—Oh, no será preciso. No hemos convenido nada sobre él. Se quedará en lugar de ustedes. Según cuales sean sus instrucciones, será su Gobierno el que haya roto el acuerdo, y podremos hacer las cosas a nuestro antojo. Va a ser algo divertido recibir nada menos que a un superagente de un nuevo organismo de seguridad... ¡sin que él sepa que conocemos su identidad, sin lugar a dudas!

Y rió entre dientes, divertido, mientras la expresión preocupada de Tania Blansky le daba a entender que, ciertamente, las cosas no ofrecían buen panorama para los miembros del

S. I. S..

—Son las instrucciones —dijo Lyman Maddox, asintiendo. Devolvió el escrito a Shark—. Todo está a punto para ese vuelo. Espero que el dinero que lleve sea auténtico. Ese truco de los recortes de papel o de los billetes falsos, está muy utilizado ya. Si esa gente es la mitad de lista de lo que yo imagino, no picaría ni en sueños.

—No tiene nada que temer, Lyman —aseguró su jefe—. Lleva en ese maletín la friolera de VEINTICINCO MILLONES de dólares en efectivo, en billetes de quinientos dólares, exactamente. Esos fajos reúnen una cifra mareante: cincuenta mil billetes de quinientos... Y todos de curso legal, garantizados por el Tesoro. Dios le ayude, muchacho.

—Va a hacerme falta —rió Maddox, entre dientes, situando el voluminoso maletín en un ángulo de la cabina del avión especial, dispuesto ya en aquel secreto aeródromo civil del norte del Estado de Nueva York—. Ahora... esperemos las instrucciones finales. Dice aquí que serán transmitidas por radio a las nueve y treinta minutos de esta noche. Dan la onda y frecuencia de transmisión. Emitirán cada cinco minutos, hasta recibir la respuesta de conformidad.

—Los avienes y buques detectores de ondas de radio estarán alerta todo ese tiempo, Maddox.

—Lo sé. Ellos también lo sabrán. No alarguen demasiado la transmisión, o cortarán sin más explicaciones. No creo que transmitan desde el punto clave en que se hallan, sino desde alguna emisora situada en otro lugar poco comprometido... o a bordo de cualquier buque o avión. No pueden ser tan torpes. Están muchos millones en juego, señor.

—Lyman, muchacho, ¿no siente miedo de iniciar esta aventura? —dudó Shark.

—Todo ser humano siente miedo cuando va a lanzarse a una aventura tan comprometida y oscura. Pero creo que el auténtico valor no estriba en no sentir miedo, sino en sentirlo y vencerlo.

—¿Cree que todo resultará conforme espera?

—Con esa confianza lo hago. Pero nunca se puede saber lo que ocurrirá después, señor. Todo lo que sea una aventura... tiene un final imprevisible. Esperemos que sea el mejor.

—Suerte, Maddox.

—Gracias, señor. Ahora, esperemos esas instrucciones de las veintiuna treinta...

CAPÍTULO III

VEINTICINCO MILLONES

Las instrucciones llegaron.

Justamente a las veintiuna treinta, hora de Nueva York.

A través de la emisora de radio aficionada, en longitud de onda y frecuencia previamente señaladas, llegó el mensaje para el Gobierno de los Estados Unidos.

Navíos especiales radioescuchas, y aviones dotados de medios avanzados de detección de determinadas ondas de radio, entraron en acción apenas unos momentos después de iniciarse la primera emisión. En ésta se anunció que sólo se realizarían otras dos emisiones pasadas las cuales se renunciaría a toda ulterior conexión con los encargados de recibir el mensaje. Con todas sus consecuencias, naturalmente.

Se trabajó de forma activa, en mar y aire, así como también en los centros de radiocontrol del país, para localizar la fuente del mensaje. Mientras, éste tomaba forma, en los cuadernos de los escuchas, todos ellos personal especializado del Departamento de Comunicaciones del Gobierno Federal, bajo control directo del FBI. Y la forma del mensaje era tan fría como escueta y exigente:

«Conformes nombramiento ciudadano americano Lyman Maddox, portador veinticinco millones. Conformes también otros detalles al procedimiento a emplear. Insistimos sea vuelo especial privado con un avión cuatro plazas máximo. Exigimos forme parte pasaje avión, hija profesor Robards, señorita Dahlia Robards Condición indispensable ella acuda a entrega dinero reclamado. Emprendan vuelo esta madrugada. Rumbo inicial hacia las Bermudas. Posteriormente comunicaremos para concretar ruta exacta».

Cuando terminó el mensaje, avisaron de que, de no recibir confirmación, emitirían de nuevo cinco minutos más tarde. Y así se hizo.

Para entonces, las coordenadas de los servicios especiales de radioescuchas de la Marina, los guardacostas, la Air Force y el FBI, habían localizado ya un centro emisor, situado en un punto indeterminado del Caribe, al sur de Cuba, y al sudoeste de Haití. Podía ser Jamaica, pero eso no estaba claro. Se trató de pedir información a Kingston y a las autoridades isleñas británicas.

A la espera de ello, Lyman Maddox emitió su informe personal al presidente, por la vía del Teléfono Verde, línea especial de emergencia «no política»:

—Creo que estamos cometiendo un error: no debemos alargar más la situación, o sospecharán. Estoy seguro de que no vamos a adelantar nada por este terreno. Todo cuanto hagamos es pura rutina oficial. Y ellos lo sabrán. Lo habrán previsto ya de antemano, señor.

—¿Qué sugiere, Maddox? —se interesó el presidente, indeciso.

El se lo dijo, sin rodeos:

—Debemos actuar ya. Sin más demoras. Empezar viaje.

—El punto exacto de esa emisora de radio aún no ha sido localizado exactamente, Maddox.

—No importa. Cuando se localice... nos encontraremos seguramente un sitio vacío, señor.

—Y..., y la hija del profesor Robards... tiene que ser avisada, informada...

—Tampoco importa demasiado, señor presidente —suspiró Maddox—. Ella no irá.

* * *

—No. No voy.

Maddox no podía sentirse defraudado en absoluto. Sabía lo que le esperaba. Se lo había avisado previamente al primer magistrado de la nación, durante su hilo directo con el Teléfono Verde.

—Sí, señorita Robards —dijo—. Lo esperaba.

—¿Usted lo esperaba, Maddox? —Ella le taladró con sus ojos, muy azules y fríos.

—Por supuesto. Los secuestradores lo han previsto todo. Todo... menos los sentimientos de una hija hacia un padre a quien no entiende.

—O por quien no es entendida —fue la réplica de ella, incisiva.

—Puede ser —admitió Maddox, sereno. Estudió a la rubia muchacha erguida ante él, en la confortable vivienda neoyorquina —. Nunca me gustaron los problemas familiares. Considero que sólo en familia pueden resolverse.

—Entonces, no conoce a mi padre.

—Sólo recuerdo haberle visto una vez, y a distancia —sonrió Maddox—. No creo que eso sea conocer a una persona. Pero es su padre, ¿no?

—Al menos, lo es porque me dio su apellido. Y porque era el esposo de mi madre. Y, tal vez, porque realmente fue la persona que me hizo venir al mundo, junto con mi propia madre. Yo no hablaba biológicamente, señor Maddox.

—Volvemos a los problemas familiares —suspiró el agente especial del

S. I. S..

Contempló, con aparente apasionamiento, una reproducción de Matisse, en el muro. Añadió ambiguo—: Le dije que no son asunto mío sus diferencias con el profesor. Lo que cuenta es lo que piden los secuestradores. Usted debe venir. Ha leído el mensaje, escrito por los especialistas de radio de la Marina. Sabe que es legítimo. Y tenemos poco tiempo. Muy poco. Son las once y veinte minutos de la noche. A la una, emprenderé el vuelo en busca de su padre. Y de sus raptos que, cuando menos, me mostrarán al profesor, si aún vive, me darán garantías que nadie cree, y se quedarán, a cambio, con una fortuna en moneda legal.

—Sé todo eso. Le di mi respuesta antes: no voy.

—¿Por qué?

—Es asunto mío.

—Puede fracasar todo, si usted se niega a colaborar, señorita Robards.

—Yo no significo nada en todo eso. Ni siquiera sé por qué me reclaman. Arreglaré el asunto usted solo, estoy segura.

—¿Es una respuesta... definitiva?

Ella bajó la cabeza. Asintió.

—Definitiva —dijo—. Sí, lo es, Maddox.

Lyman Maddox no insistió. Sabía que no era necesario. Ni útil. La hija de Robards no se volvería atrás de su decisión.

* * *

Era una avioneta de cuatro plazas. Con motores tradicionales, y escaso radio de acción de vuelo. Suficiente, consideraban todos, para aquella expedición de misterioso destino.

Momentos antes de despegar, Lyman Maddox recibió el informe directo de su jefe, Werner Shark:

—Confirmados sus temores, Maddox. Se halló la estación emisora de radio. Un pequeño yate robado a un armador millonario, de Panamá. Utilizaron su embarcación y su radio para transmitir. Eso sucedió en las costas norte de Jamaica, no lejos de Santiago de Cuba. Los guardacostas cubanos dieron con el yate, ya abandonado. Las coordenadas coinciden. En una pequeña estación de aficionados de Camagüey, fue escuchado el mensaje, y eso facilitó la labor de los cubanos, en su labor costera.

—¿Y de los autores del mensaje...?

—Ni una palabra. No estaban ya a bordo. Se encontraron huellas de otra embarcación y de un helicóptero, que debieron abordar al barco. Luego, dejaron a sus ocupantes y propietarios amordazados y ligados. El armador panameño está informando ahora al Gobierno cubano, y tendremos pronto sus declaraciones, pero nos anticiparon que no había nada importante en sus testimonios. Los asaltantes iban enmascarados con capuchones de tejido ligero, y se expresaban en un inglés aceptable y sin determinado acento extranjero. Usaban armas automáticas, pero no se mostraron violentos en absoluto.

—Sí, creo que todo es, más o menos, como yo había imaginado, señor.

—Empiezo a estar habituado a eso, Maddox —gruñó Shark—. El infalible Maddox y sus no menos infalibles teorías, ¿eh?

—Bueno, usted me eligió para el

S. I. S.,

después de todo —rió Lyman, colgando.

Luego, miró en torno. La avioneta de cuatro plazas era ligera, moderna y de esbelta línea. Perteneecía a una empresa privada de

vuelos deportivos, que cooperaba gustosamente con el Gobierno en aquel chantaje internacional de imprevisibles consecuencias futuras. Había dos asientos para piloto y copiloto, con mandos y timones gemelos, más un asiento anexo para un radio-operador, y dos asientos al fondo, para el posible pasaje. Aunque oficialmente dispuesto para cuatro plazas, podía llevar hasta cinco. Sus ventanillas rectangulares, provistas de cortinillas cerradas, le daban el aspecto de una cabina de *bungalow* o de yate, casi comfortable.

Allá, al fondo, sujeta la maleta plana, repleta de billetes, recordaba en todo momento la razón de aquel vuelo de madrugada, sin destino fijo, aunque inicialmente volasen hacia las Bermudas.

Veinticinco millones de dólares iban a ir a parar a manos desconocidas, en las que se hallaba la vida y la muerte de un famoso científico, de una mujer perteneciente al

S. I. S.,

y de un agente federal de servicio.

Y él, Lyman Maddox, compañero de aquella mujer en peligro, rehén viviente de los secuestradores del aire, era el encargado de llevar la fortuna en metálico a esas mismas manos criminales de los desconocidos piratas del aire...

Para acompañar a Lyman Maddox en aquel vuelo, el FBI, había elegido ya a las dos personas idóneas, que debían ayudarle en la fatigosa tarea de conducir la avioneta y cuidar de las comunicaciones a bordo.

Se trataba de Earl Drury y Kelly Dix, piloto y radio-operador, respectivamente. Ellos cuidarían de la seguridad en aquel vuelo. Esperaban no tener que cuidar también de Maddox, agente del

S. I. S.,

a quien ellos no conocían, pero con quien iban a vivir la extraña aventura de aquella madrugada, con una ausencia importante, conforme a las exigencias de los secuestradores: la hija del profesor Robards.

Pero no daba la impresión de que eso pudiera resultar demasiado trascendente. Cuando menos, el criterio oficial era de que, al margen de la sorprendente petición de los secuestradores del profesor en biocibernética, esa negativa de la bella Dahlia Robards a acudir a ver a su padre cautivo, no podría ser obstáculo grave para que la negociación llegase a buen término. Especialmente...,

llevando encima aquellos veinticinco millones de dólares en efectivo, precio del fabuloso rescate impuesto.

Justamente a la una y siete minutos de aquella madrugada, oscura y algo ventosa en la costa atlántica de los Estados Unidos, la avioneta se elevó en el cielo, partiendo de un aeródromo civil de tercera categoría, situado en las afueras de Nueva York.

A bordo, Lyman Maddox y dos agentes federales, llevaban consigo la fortuna en billetes de quinientos dólares. Su destino, por el momento, era una incógnita.

Alguien, aquella misma madrugada, desde alguna parte, debía transmitir las instrucciones finales para que la avioneta emprendiera el rumbo adecuado.

Eso era todo cuanto sabían.

* * *

Earl Drury, piloto de la avioneta, dirigió una mirada de soslayo a su improvisado copiloto.

—Lo hace usted bastante bien, Maddox —dijo—. ¿Ya condujo antes aviones?

—He sido piloto militar y civil —asintió el hombre de ojos pardos y sonrisa risueña, de ocho pies de estatura y arrogante figura atlética, inclinado sobre el segundo timón de a bordo—. Pero siempre supe adónde iba cuando llevaba un timón en mis manos...

—Esta vez, la cosa cambia, ¿eh? —rió, irónico, Kelly Dix, el radio-operador.

—Sí, bastante. Me gustaría saber adónde vamos. Esto de volar a ciegas es bastante desagradable, caballeros.

Todos asintieron, en silencio. La suave iluminación interior de la cabina, que no dañaba los ojos ni perjudicaba la visibilidad antes ellos, daba reflejos dorados oscuros a los cabellos castaños y revueltos de Lyman Maddox. Junto a ellos, contrastaba el vivo pelirrojo de Drury y el pelo negrísimo de Dix. Pero los tres hombres tenían algo en común: su edad, que bordeaba en todos los casos la treintena, poco más o menos.

—Volar a ciegas..., y con una fortuna a bordo —señaló Drury, arrugando el ceño—. Es toda una tentación para los piratas del aire...

—Se supone que sólo ciertos piratas saben lo que llevamos entre manos. Parte del mensaje, cuando menos, fue emitido en el código especial previamente escogido por los secuestradores, de acuerdo con los Servicios de Claves y Códigos Cifrados del Gobierno —informó Maddox—. Sería muy mala cosa que otras personas conocieran la presencia de veinticinco millones a bordo.

—Hay algo en todo esto, que no veo claro del todo —señaló gravemente Earl Drury—. No entiendo cómo es posible que el Gobierno entregue una suma así, sin garantía alguna, sólo a cambio de un par de agentes suyos..., y de un reactor de vuelos Charter, sin saber siquiera si algún día nos devolverán sano y salvo al científico secuestrado.

—Aún así, ¿vale tanto el profesor Robards, como para justificar una cosa así? —dudó Dix, volviéndose hacia Maddox.

El hombre del

S. I. S.,

inclinó la cabeza. Brillaron agudamente sus ojos pardos, casi verdosos al reflejo de las luces del panel de controles de la avioneta. Su voz sonó algo tensa, como si fuera anudando mentalmente cabos sueltos que él tampoco terminaba de entender totalmente del todo.

—Amigos míos, la situación es hartó compleja —explicó—. El profesor Zachary Robards, es un hombre importantísimo en la organización de la defensa estratégica mundial, porque todo funciona por medio de sistemas electrónicos muy complicados que él precisamente montó y realizó para el Gobierno de nuestro país, y de otras potencias. Sin embargo, él nada podría hacer por alterar ese sistema crucial, porque tuvo el buen juicio de crear una especie de sistema rotatorio de claves electrónicas, de frecuencia y ritmo constantemente alterados. De ese modo, ni él mismo podría invalidar o destruir el sistema, con lo que éste se convierte en algo perfecto y sin fisuras. Ningún ser humano puede cambiar lo que está programado en los centros computadores estratégicos.

—¿Entonces...? —se extrañó Earl Drury, el piloto federal.

—Existe otra razón para que Robards sea capturado. Podría ser política, por tratarse de un hombre de raza semita, pero a veces creo que damos demasiada importancia a las cuestiones raciales, y hay cosas que están por encima de terrorismos y guerrillas. Personalmente, creo que alguien necesita a Robards para una tarea

que ignoro cuál pueda ser..., y lo ha conseguido. También necesita dinero, y lo ha reclamado. Robards, un genio de la biocibernética, debe ser salvado o, cuando menos, apurar todos los recursos para ello. Y en eso estamos.

—Pero ellos no van a devolverlo, pese al rescate que piden... — señaló Dix.

—Es verdad. No van a devolverlo ahora. Pero darán una, garantía de su devolución en un determinado plazo, no superior a tres meses.

—¿Garantía... unos piratas del aire?

—Sé lo que piensan. Drury. Sin embargo, vale más eso que nada. Queremos jugar limpio, por una vez. Si ellos no lo hacen, se habrán ganado un mal enemigo: los Estados Unidos. Y estoy seguro de que el presidente sería capaz de arrollarlo todo, con tal de dar con esa gente, si algo le sucediera, en el futuro, al profesor Robards.

—No sé, no sé —suspiró Dix, sacudiendo la cabeza—. Creo que confiamos demasiado en un puñado de facinerosos.

—¿Facinerosos? Ni siquiera sabemos si lo son, aunque sus métodos sean ilegales —señaló pensativamente el hombre del

S. I. S.

—. No sé por qué, me parecen una gente capaz de cumplir lo que prometen. Y, quizá por ello, me preocupen más aún.

—¿Preocuparle? ¿Por qué motivo? Si al menos son honestos...

—Ahí está el quid de la cuestión, amigos —suspiró Maddox—. Unos piratas que sean demasiado honestos, son siempre motivo de preocupación. Uno sabe la clase de gentuza que tiene enfrente, cuando actúa contra personas sin un código del honor ni una ética aparente. Pero cuando el delincuente se atiene a esos principios, aunque sea de un modo peculiar..., existe ya el motivo de inquietud.

—¿Qué clase de inquietud, Maddox?

—La que siempre producen unos presuntos caballeros... metidos a forajidos. ¿Por qué lo hacen? ¿Qué buscan realmente? Esas dos interrogantes me preocuparían mucho, si de verdad, pensaran cumplir su palabra y devolver a Robards...

* * *

Kelly Dix se volvió a Maddox.

—El mensaje —avisó roncamente—. Ya está aquí.

Lyman dio un respingo. Consultó mecánicamente su reloj. Las tres y cincuenta minutos de la madrugada. Sobrevolaban el Atlántico. Abajo, sólo había oscuridad. Arriba, lo mismo. Mar y cielo se confundían en la noche. El ronroneo de los motores había logrado adormecerle.

—¿Eh? —masculló—. ¿El mensaje?

Dix elevó el volumen del micrófono. La voz se extendió por todo el interior de la avioneta:

—... «Repetimos: aquí Estación Cero Cero Equis. Comunicando con avión de Maddox. Establezca contacto en la frecuencia prevista. Atienda datos exactos...».

Empezó a dar cifras. Dix reguló la sintonía hasta obtener una clara señal que repetía el mensaje, insistente:

—«Aquí Estación Cero Cero Equis. Comunicando con avión de Maddox...».

—Maddox al habla —respondió él, seco, inclinándose sobre los controles—. Maddox escucha.

—«Escuche bien, Maddox —dijo la voz por radios—. Siga ruta de vuelo exacta. A los treinta y cuatro grados de latitud Norte, ochenta y dos grados seis décimas de longitud Oeste, desvíe vuelo en dirección sud-sudoeste, como si fuese a alcanzar las Bahamas y la punta sur de Florida. Recibirá nuevas instrucciones entonces... Confirme datos y recepción del mensaje».

—Mensaje recibido —repitió los datos, completando—: Confirmado en todos sus puntos.

Enmudeció la radio. La avioneta siguió su rumbo. Drury comentó:

—Espero que localicen, ahora, esa emisora...

—No lo creo. —Dix sacudió la cabeza—. Parecía emitir desde el mar. Posiblemente, alguna estación a bordo de una embarcación rápida.

—Siga escuchando, Dix —pidió el hombre del S. I. S.

—. No debemos perder el rumbo, por ninguna razón. Presiento que, como usted dijo, nuestros radioescuchas no van a localizar esa emisora. Pero sí van a llevarnos a alguna parte, donde entablemos contacto con los secuestradores...

La avioneta continuaba su vuelo invariable. Al llegar al punto fijado

por el mensaje, Drury maniobró, situando a la avioneta en su ruta exacta, siempre conforme a los datos de referencia de sus misteriosos comunicantes.

Apenas una hora más tarde, Drury avisó, alarmado:

—Problemas, Maddox. Se nos agota la gasolina. Apenas si tenemos para veinte minutos más de vuelo...

* * *

El indicador no fallaba. Escasa reserva de gasolina a bordo. Se aplicaron los bidones del almacén posterior, en la cola de la avioneta. Eso sólo alargaría unos diez o doce minutos la independencia de vuelo del pequeño aparato.

—Si esa gente no indica nada, tendremos que descender sobre el mar, y salvamos en las balsas neumáticas —dijo, malhumorado, Drury.

El agente del

S. I. S.,

contempló, ceñudo, la emisora de radio de a bordo. Apremió a Dix:

—Insista. Pida comunicación con ellos. Informe de lo que sucede. Ellos deberían haber previsto ya esto.

—Más valdrá, Maddox, porque, de otro modo, nos iremos con los peces —refunfuñó Dix, preocupado—. Ellos imaginarán que llevamos un avión de más amplio radio de acción y...

—Si son lo listos que imagino, ellos saben la clase de avión que llevamos —cortó Maddox, secamente—. Y, por tanto..., van a darnos datos de un momento a otro, señores.

Fue premonitorio.

Inmediatamente sonó el «bip-bip-bip-bip», de aviso en la radio. Kelly Dix, ávidamente, se precipitó sobre la emisora:

—¡Avión de Maddox! —informó, con voz tensa—. ¡Y perdemos la reserva de combustible...!

—Lo suponíamos —respondió una fría voz—. Deben disponer, aún, para más de veinte minutos de vuelo. Escuchen bien...

Los tres hombres se miraron entre sí. Y escucharon.

* * *

Las instrucciones transmitidas eran concretas. Y no les sorprendieron ya demasiado. Empezaban a darse cuenta de la clase de adversario con quien se las tenían que ver.

—Como imaginaba, una base en movimiento —suspiró Maddox—. Una embarcación provista de plataforma-remolque flotadora, como un *ferry*. Utilizaremos el sistema de amarrar, con los flotadores plegables de hidroavioneta. Luego, vendrán por nosotros. Todo está claro ya. Nada de islas ni de sumergibles misteriosos. Más simple todo: una embarcación esperándonos.

—Pueden localizarla y rodearla —señaló Drury.

—Evidentemente, ellos piensan que no. Sus motivos tendrán para ello. No tienen nada de tontos. De modo, caballeros, que obedezcamos. El combustible se agota por momentos. Vamos abajo ya.

La avioneta inició el descenso.

En ese momento, sonó la fría voz a bordo, a espaldas de los tres hombres, ocupados en la maniobra de descenso sobre el negro mar sombrío:

—Ni un movimiento. Ni un gesto, señores. Ha llegado mi momento. Esos veinticinco millones no serán para ellos ni para ustedes, sino... para mí.

Se volvieron los tres, para encararse con la poderosa pistola ametralladora automática, provista de silenciador. El hombre que había surgido como un fantasma, a bordo de la avioneta, no parecía estar bromeando, precisamente.

CAPÍTULO IV

PIRATA SOLITARIO

Se bamboleó la avioneta, en su descenso. Las manos de Drury, rápidas, se hicieron con el mando del aparato, rectificando su vacilante rumbo. Hubo un resoplido de Dix.

Y una helada advertencia por parte del hombre con quien nadie contara:

—Si intenta algo para desarmarme, le va a costar caro.

—No..., no fue intencionado —masculló Drury, muy pálido. La avioneta seguía perdiendo altura, pero ahora sin brusquedades—. Usted..., usted me sorprendió, maldita sea...

—Será mejor que dominen sus sensaciones, amigos —avisó el personaje armado—. No me gusta que los demás intenten ponerme en peligro, voluntaria o involuntariamente.

—Debió comprenderlo —siseó la voz del hombre de ojos pardos, agente del

S. I. S.,

fija su mirada en el polizón—. No contábamos con... con usted. Ha sido muy grande la sorpresa.

—Lo imagino —rió el otro, entre dientes. Agitó un poco su pistola ametralladora—. No esperaban llevar a nadie más a bordo, ¿eh?

—Ciertamente que no —rechazó su interlocutor secamente—. ¿Dónde estaba metido?

—Su avioneta es lo bastante amplia, amigos. Ese almacén de la cola ofrecía buenos escondrijos. Cuando sacaban las latas de gasolina, pasaron cerca. Pero no podían verme. Los fardos me ocultaban muy bien a su vista.

—No sé cómo pudo meterse aquí, pero aquí está ahora, y no creo que sea para nada bueno —suspiró el hombre de más autoridad a bordo—. ¿Qué busca, exactamente?

—Eso —rió el otro, señalando hacia la maleta.

—Lo imaginaba. —Lyman estudió, pensativo, al hombre de pelo oscuro y ojos negros y fríos, erguido ante ellos, arma en mano—.

¿Sabe lo que contiene?

—Creo que no tengo aspecto de tonto, amigos —se burló el otro—. ¿O tal vez sí?

—No, no lo tiene. ¿Es uno de... ellos?

—¿Ellos? ¿Quiénes son «ellos»? —indagó el otro.

—Usted lo entiende bien, si no es tonto.

—Si se refiere a las personas que esperan ese dinero, mi respuesta es... no.

—¿No? —Pegó un respingo Drury.

—No. Trabajo solo, habitualmente. No tengo amigos.

—Nos está engañando —replicó Dix, con acritud—. ¿Cuál es su juego?

—El más lógico de todos, señores. Quiero una cosa, y sé cómo obtenerla. Ese dinero es para mí, no para los demás. ¿Está bien claro?

—Espere —cortó Maddox—. ¿Insiste en que trabaja solo?

—Es lo que dije.

—¿Un..., un pirata solitario?

—Algo así —rió entre dientes, el polizón de a bordo—. No hablemos más. Es mi dinero ya.

—Todavía no. Ni espero que lo sea nunca —avisó Maddox—. Aquí tiene a tres enemigos. Pero abajo tiene más. Todos tenemos un interés concreto en que este dinero no sea para usted ni para ningún otro. Lo traemos para unas personas con las que hemos llegado a un acuerdo, y ese dinero vale vidas humanas. No jugaremos con todo eso.

—Yo no estoy jugando, caballeros —fue la acre respuesta—. Para una diversión no estaría ahora aquí. Sé lo que pretenden. Pero yo no entro en ese convenio. El dinero es mío. Y si deseo algo, acostumbro a obtenerlo del modo que sea. No intenten nada. No dudaré en disparar contra ustedes. O contra los de abajo.

—¿Cómo espera salir de ésta, con el maletín? —le desafió Maddox—. No hay forma posible, y lo sabe.

—Déjeme obrar a mi gusto, señor. Le aseguro que he pasado por dificultades mayores, y siempre tuve éxito. Ni usted ni ellos me asustan. Porque hace un momento, ustedes ignoraban mi existencia a bordo. Y ahora, ellos la ignoran todavía. Ésa es una ventaja a mi favor.

—Que no servirá de nada —replicó, encogiéndose de hombros, Kelly Dix.

—Veremos, caballeros —rió el hombre armado—. Lucky Lone [1] siempre se ha salido con la suya...

—¿Lucky Lone? ¿Es su nombre?

—Me apodan así.

—¿Un afortunado... solitario?

—O cosa parecida —bromeó él. Su gesto endurecióse, sin embargo, e hizo un movimiento brusco con el arma—. Ahora, apártense. Así, sin moverse de ahí. Cuidado con los mandos, usted. Siga normalmente el descenso. Abajo no deben advertir nada en absoluto... o lo pagarán con sus vidas.

El hombre que se hacía llamar Lucky Lone, fue hacia el maletín. Desprendió sus correas del muro, con la mano zurda, sin dejar de encañonarles. Se apoderó de la valija repleta de billetes de quinientos dólares. Parecía, ciertamente, que estuviera convencido de su éxito en aquella jugada maestra. Aunque los demás no vieran posible una evasión del ladrón solitario, con el dinero destinado a los piratas del aire.

—Muy bien. No se esfuercen por detenerme. No lo conseguirán, caballeros —y avanzó, sorprendentemente, hacia la portezuela de salida de la avioneta. Aunque habían descendido, debían hallarse a cosa de cuatrocientos metros sobre el nivel del mar. Demasiado para saltarlo alegremente. Además, los piratas se hallaban abajo, a la espera.

Todos parecían curiosos por ver lo que hacía Lucky Lone. Ciertamente, no parecía posible hacer mucho, en este caso.

Sin embargo, abrió la portezuela. No llevaba paracaídas. Sus ropas eran oscuras, de un negro intenso: jersey ajustado, de cuello alto, pantalón ceñido, guantes... La ropa de un auténtico ladrón de guante blanco, en plena tarea nocturna.

—Si se lanza desde aquí, está perdido —avisó la voz de Maddox.

—¿Seguro? —rió, entre dientes, Lucky Lone.

Y, sorprendentemente, se lanzó al exterior.

De modo sencillo, increíble, como quien salta de un automóvil a poca velocidad, moviéndose sobre terreno Arme, Lucky Lone, llevando consigo veinticinco millones de dólares, se había lanzado al vacío, desapareciendo engullido por las sombras de la noche.

Tres testigos, de expresión atónita, eran incapaces de evitar que ello sucediera. E incluso incapaces de reaccionar tras lo que parecía una maniobra totalmente suicida, por parte del misterioso y audaz sorteador de las alturas.

* * *

—¡Se..., se arrojó al vacío!

—¡A cuerpo limpio... y con el dinero! —aulló Kelly Dix, corriendo hacia un arma, y lanzándose luego hacia la portezuela de la avioneta.

—¡Ese hombre está rematadamente loco, o es un superhombre! —jadeó Drury.

—Yo diría que ni una cosa ni otra —masculló Maddox, corriendo por su automática habitual, una «Beretta 7,65»—. Es un pillo y muy listo... o un suicida.

Corrieron todos a la portezuela, tras dejar conectado el piloto automático de descenso. Vieron, abajo en el agua, las luces de situación, color rojizo, encendidas por el *ferry* de los secuestradores. Los flotadores automáticos de la avioneta habían emergido ya, a la altura oportuna para que el descenso en las aguas, que tendría lugar en brevísimo plazo, fuese suave y preciso.

—Se matará... o caerá en poder de los de abajo —sentenció Drury, escéptico—. No debemos temer nada, salvo que ese dinero vaya a parar a los peces, y a nosotros nos acribillen a tiros los secuestradores del profesor Robards...

—No me gusta lo que está sucediendo —mascullo Kelly Dix, el radio-operador federal. Escudriñó el aire, alrededor. La oscura noche parecía haber engullido mágicamente al solitario pirata del aire. Y eso no era posible, todos lo sabían.

—Empiezo a pensar en lo que dijo antes Drury —manifestó calmosamente Maddox—. Es un super-hombre.

—¿Cree que... se salvó en ese salto de demente? —dudó Dix, algo pálido, volviendo hacia él su mirada.

—No lo creo. Estoy convencido. Véale usted mismo, Dix.

Dix miró perplejo, a donas señalaba Maddox. Lanzó una imprecación de asombro.

—¡No es posible! —jadeó, atónito.

Y, sin embargo, estaba sucediendo ante sus ojos. No era posible, pero ocurría. Sencillamente, sin paracaídas ni vehículo alguno, la figura enlutada del saltador del aire, estaba flotando en el vacío, alejándose de ellos en la noche, dejando tras sí como un centelleo de luz azul, virtualmente volando su cuerpo en el aire, mientras esgrimía maletín y pistola en ambas manos.

* * *

La sorpresa de Kelly Dix, el radio-operador, no tenía límites ante el aparente prodigio. Pero su reacción, sin embargo, se sobrepuso a tal sorpresa, con una celeridad que revelaba su gran decisión y rapidez de ideas.

Alzó su brazo armado, mientras soltaba una imprecación. Disparó dos, tres veces en la noche. Lameó el arma, rugiendo con aspereza en la sombra, incluso por encima del ronroneo del motor de la avioneta. Las balas partieron hacia el fantástico Lucky Lone.

—¡Espere! —jadeó Maddox—. ¿Qué hace? ¡Si alcanza a ese hombre, puede perderse el maletín con él, en el fondo del mar, antes de que nadie llegue a rescatarlo!

—No podemos tampoco permitirle escapar con ese dinero —replicó Dix, airadamente.

—No lo permitiremos. Vamos a intentar darle caza, Dix, del modo que sea. Pero evitando que suceda nada a un dinero que es el precio de unas vidas humanas.

—La gasolina se termina y, si descendemos, ese hombre puede escapar definitivamente —jadeó Dix, alterado.

Corrió a la estación de radio de a bordo, y comenzó a hablar con tono presuroso, abriendo el micrófono que permanecía antes cerrado. Su voz sonó apremiante, tensa:

—Aquí avión de Maddox... Aquí avión de Maddox... Informe de máxima emergencia... Todos alerta. Todos a la busca de un saltador solitario llamado Lucky Lone. Escapa de alguna forma que no entendemos, volando en la noche él solo..., ¡con el dinero! ¡Hagan lo que sea para que el pájaro caiga, pero rescaten ese dinero! ¡Confirмен recepción mensaje urgentísimo! ¡Den caza a ese hombre! ¡Está flotando en el aire, a cosa de cincuenta yardas a nuestra derecha! ¡Utilicen proyectores especiales de luz! ¡Abatan a

ese ladrón, pronto! ¡Confirmen llamada!

La voz, monocorde, surgió de la estación receptora y emisora de la avioneta:

—Confirmada llamada, avión de Maddox. Punto Cero Cero Equis recibió aviso. Detendrá de cualquier forma al ladrón.

Dix cerró, pálido y sudoroso. Se incorporó para hallarse con las miradas sorprendidas de sus compañeros de viaje. La avioneta debía hallarse ya a sólo cien yardas de la superficie del Atlántico.

—Tuve que hacerlo —se excusó el radio-operador federal—. Ese tipo no debe escapar, ¿no es cierto, Maddox?

—Muy cierto —afirmó secamente el hombre del S. I. S.

—. Pero usted tomó decisiones que me correspondían a mí. Parecía muy dueño de sus propios actos en estos momentos, Dix.

—Alguien debía reaccionar, ¿no?

—Usted reaccionó las dos veces, Dix —casi acusó Drury—. Disparó sobre el fugitivo... y ahora informó a los de abajo de un modo muy especial. Parece saber que pueden usar lo que están usando ahora... Afuera, la noche parecía encenderse de roja luz. Proyectores especiales de rayos infrarrojos emitían chorros de luz, invisibles a simple vista, sobre el cielo. Ellos, gracias a los filtros infrarrojos de los vidrios de aquella hidroavioneta especial, podían seguir sus trazadoras líneas de claridad en el cielo.

—Lo siento, amigos —dijo Dix secamente—. Tenía que obrar de ese modo. No podemos perder ese dinero ahora, cuando ya casi es nuestro...

—¡Casi es DE USTEDES! —Silabeó Drury, aturdido—. Es lo que imaginaba... Usted, Dix... es un..., *un traidor*.

Hubo un seco disparo de pistola a bordo. Earl Drury, piloto federal, se detuvo en seco. Y detuvo también su gesto de alzar el arma hacia su compañero. El balazo de Dix alcanzó matemáticamente a Drury... en plena frente. Se hincó el proyectil entre las cejas del agente federal. Dix había matado, en el acto, a su camarada.

Apenas hecho el disparo, el arma giró hacia el hombre de ojos pardos. Maddox no pudo terminar su movimiento de la mano armada para enfrentarse a Dix. El radio-operador era el amo de la situación. Le tenía encañonado, y en su mirada se leía su fría decisión de matar, si era inevitable.

—No me obligue, Maddox —su dedo tembló en el gatillo—. Abajo le quieren a usted vivo. Me hicieron hincapié en eso. Y a eso debe el seguir con vida y no acompañar a Drury en su viaje al infierno. Pero no abuse o tendré que bajar con su cadáver...

—Dix... —Le miró el hombre del

S. I. S.

con frialdad—. Un traidor, como dijo Drury...

—Sólo un miembro del grupo de abajo —sonrió heladamente Kelly Dix—. Estamos metidos en muchos sitios imprevisibles. El FBI es uno de ellos... Saben de usted lo suficiente, Maddox, para pensar que es un elemento digno de atención. Es lo que me dijeron. No sé si se equivocan y le han sobrevalorado en exceso, pero ése es problema de mis jefes, no mío.

Afuera, sonaban sibilantes zumbidos. Hubo como un crujido seco, y luego sonó una sirena, aullando abajo, en las aguas. Maddox no se movía, bajo la amenaza del arma enfilada hacia él. A su lado, yacía sin vida Earl Drury. Frente a él, Dix seguía siendo dueño de la situación. Y ahora, incluso, sonreía heladamente.

—Sea como fuere, lo lograron —dijo con acritud—. Esa sirena indica que todo va bien. Han abatido a Lucky Lone.

—Entiendo. Usted conoce bien todos sus métodos, es evidente.

—Es evidente —sonó, zumbona, la voz de Dix—. Bien, Maddox. Ahora, tire el arma. Así está bien. Sabe lo que le conviene. Vaya a la ventanilla y asome. Dígame lo que ve...

El cautivo obedeció fríamente. Informó de modo escueto:

—Veo que han dado caza a Lone, realmente. Le rodean en el agua. Hay hombres armados y lanchas neumáticas... Están dando alcance al maletín del dinero... Y a Lucky Lone, que flota en el mar, sobre algo hinchado, que rodea su cintura, como una bolsa neumática... Veo también restos de algo parecido a una plataforma voladora, con turbina a reacción, abatida sobre las aguas. Es de color negro, de un material plastificado... Sin duda lo llevaba consigo al saltar al exterior. Sólo que no lo vimos...

—Un tipo listo y de recursos, el tal Lucky Lone —comentó Dix, con aspereza—. Sólo hay un modo de que tuviera eso a mano: el almacén de atrás, en la cola de esta avioneta, también está provisto de portezuela de emergencia. Debió utilizarla, en vuelo, para situar afuera, acaso adherido al fuselaje de nuestra avioneta, los

adminículos de su ingenio volador, por medio de un sistema de ventosas especial. Luego, le bastó saltar afuera aferrándose a ese objeto, y desprenderlo por su propio peso, poniéndolo en funcionamiento.

—Una especie de viajero del surf, o patinador del espacio —rió Maddox acremente—. Un tipo de recursos, es cierto...

—Demasiados recursos, diría yo —cortó con acritud Dix—. Pero no le han servido de gran cosa, a fin de cuentas. El dinero está en nuestro poder. Y él también... Vamos, ahora maniobre de modo que toquemos la superficie del mar sin problemas, Maddox. Le tendré en todo momento bajo la amenaza de mi arma. Si algo intenta, tendré que matarle, no lo dude.

—No —convino secamente el agente del

S. I. S.

—. No lo dudo...

CAPÍTULO V

LOS SECUESTRADORES

Todo había ido bien.

Estaban a bordo de la embarcación. La avioneta era remolcada por la misma, sobre la plataforma posterior. Y ellos se encontraban todos en aquella especie de remolcador y yate, todo en una pieza, que viajaba por la costa atlántica en la noche.

El agente del

S. I. S.

y el solitario pirata del aire, se encontraron cara a cara en la cubierta, rodeados por Dix y por aquellos hombres de uniforme negro y gris, que parecían ser los tripulantes de la embarcación.

—Parece que fracasó la jugarreta, ¿eh, Lone? —dijo con ironía Maddox.

El ladrón se encogió de hombros, dibujando una mueca sarcástica en su rostro, viril y anguloso.

—Todavía no ha terminado el juego —manifestó.

—Para usted va a terminar muy pronto —avisó Dix, hosco—. Mis jefes no van a ser muy compasivos con un rufián de su clase.

—Sólo se vive una vez —suspiró Lone—. ¿Qué puedo yo hacer, si los demás tienen más poder que mi humilde persona? De todos modos, deberán reconocer que estuve a punto de salirme con la mía.

—De eso no hay duda —admitió el federal traidor, sacudiendo la cabeza en sentido afirmativo—. ¿Cómo lo hizo? Dispone de muchas cosas, para trabajar usted solo...

—La mejor organización que puede formarse, es la de un solo individuo —sentenció Lone—. Así no hay traidores, como parece ser su caso.

Dix le abofeteó, furiosamente. Lucky Lone le miró, glacial, sin reaccionar. Uno de los hombres de uniforme, con distintivo de oficial o cosa parecida, detuvo a Dix.

—Ya basta, señor —dijo—. No maltrate a los prisioneros. Al menos,

mientras no le autorice especialmente a ello La Señora.

—¿La Señora? —repitió vivamente Lucky Lone, girando la mirada hacia el que hablara—. ¿Es que hay damas por aquí?

—La hay —asintió el oficial—. Y pronto va a verla. Ahora, no haga preguntas.

Dix se mordió el labio, furioso por no poder continuar atacando al prisionero. Maddox asistía, imperturbable, a la escena. Vio subir a bordo los fragmentos de la curiosa y ligera nave plástica, utilizada por el pirata para huir en un curioso sistema de vuelo monoplaza.

—Empiezo a pensar que dijo algo cierto —habló Maddox—. La organización compuesta por un solo miembro. Nada más perfecto. Pero también hay que tener dinero para obtener elementos así.

—Lo tengo —rió Lone—. Robado, claro.

Los dos hombres rieron ahora, mirándose con simpatía mutua. Dix se alejaba, hablando con aquellos singulares soldados de gris y negro. Alrededor de ellos, el paraje marítimo parecía en calma. No les ligaron ni esposaron en ningún momento. Fueron sencillamente situados entre cuatro soldados armados, y conducidos, por una escotilla, al interior de la nave.

Ésa fue la primera sorpresa.

Por dentro, el remolcador era un auténtico yate lujoso, lleno de luz y comodidades, como una embarcación de placer. Pero era de advertir que sus muros estaban blindados, y todo dispuesto como en una fortaleza, para defenderse de ataques exteriores.

—La Señora les recibirá enseguida —dijo secamente un oficial.

Los dos prisioneros no hablaron. Vieron cómo Dix desaparecía por una puerta, al fondo de un corredor. Se miraron ellos dos entre sí, sin pronunciar comentario alguno.

—Síganme —dijo uno de los soldados. Hizo un gesto a Lone—. Usted debe cambiar sus ropas. Están empapadas de agua.

—No importa. Son de materia sintética. Se secan pronto —sonrió el ladrón.

—Aun así, debe cambiarse. Son órdenes.

—Muy bien, nos cambiaremos —rió él—. ¿Qué espera? ¿Qué lleve mis ropas con armas misteriosas e invisibles?

—Quizá —el soldado le estudió, indiferente, encogiéndose de hombros—. Ya le dije que son órdenes. Usted parece un tipo ingenioso, lleno de recursos. Es posible que desconfíen de su

apariencia inofensiva de ahora.

—Les aseguro que no llevo nada encima —dijo, risueño, Lucky Lone—. Sólo mis ropas. En cuanto a recursos... ustedes tampoco son mancos. La infrarroja, armas silenciosas... ¿Cómo pudieron localizarme y derribarme en tan poco tiempo, sin apenas producir ruido?

—Muy sencillo: armas electrónicas. Una vez detectada su situación exacta, ellas actúan con fría precisión. Lo que el hombre no puede afinar hasta lo infalible... lo hacen las máquinas programadas especialmente para ello.

—Sí, es posible —convino Lucky Lone, arrugando el ceño. Miró en torno, al iluminado recinto flotante—. ¿No temen ser localizados y destruidos en cualquier momento por las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos o por la poderosa Navy americana, señores? Esto es sólo una embarcación, fácil de localizar con el radar... y no imposible de hundir, ni mucho menos.

—Olvida algo: como usted dijo, nosotros también parecemos gente de recursos —informó secamente el soldado, conduciéndoles a un camarote confortable, donde se alineaban ropas, calzado y toda clase de prendas, junto a duchas y aseos—. Y realmente, lo somos. Esta embarcación, señor, no puede ser localizada por el radar. Está provista de un mecanismo antiradar y antisonar. Le rodea una especie de invisible campana magnética que nos hace navegar SIN SER ADVERTIDOS, salvo si nos ven directamente. Cosa que nosotros evitamos hábilmente, porque vemos antes a los demás, gracias a poderosos y sutiles sistemas de detección electrónica. Aparte de todo eso, tampoco usted, ni el avión de Lyman Maddox, pudieron ser seguidos por embarcación, avión o escucha alguno. A partir de cierto momento, un campo magnético especial rodeó esa avioneta, impidiéndole resultar sensible a cualquier procedimiento de detección o seguimiento que no fuese el nuestro. ¿Complacida su curiosidad, caballeros?

Maddox y Lone se miraron, aturdidos. Ambos asintieron.

—Sí —dijo el agente del

S. I. S.

—. Complacida con creces, amigo...

—Me siento mejor —murmuró Lucky Lone, desperezándose—. Una buena ducha, un aseo total, ropas nuevas y limpias... Es como sentirse invitado de honor en unas vacaciones suntuosas.

—Eso es sólo aparente, Lone —avisó Maddox, seco—. Estamos en la boca del lobo. Somos prisioneros, no invitados.

—Usted no debe quejarse demasiado —sonrió Lone—. Después de todo, es un emisario. Han recogido su dinero, y le dejarán partir, con algunos de sus rehenes. En cambio, ¿qué va a ser de mí, amigo mío?

—Lo ignoro. No sé la clase de reglamento que poseen aquí en tales casos. En especial, con los ladrones.

—Ellos no son mucho mejores que yo. También roban del mejor modo que saben y pueden. Sólo que su organización es mucho más amplia y poderosa que la del solitario Lucky...

—Organización... —reflexionó el prisionero de ojos pardos—. Diablo, eso sí que parece realmente fuerte aquí, Lone. Organización total. Recursos. Electrónica, medios técnicos amplios de protegerse... o de atacar. Pero todo... ¿al servicio de qué o de quién?

—Ciertamente, empiezo a dudar mucho de que se trate de simples guerrilleros o comandos de cualquier país —comentó Lucky Lone—. Parecen más. Mucho más que todo eso...

—Y mucho más oscuro, más misterioso y amenazador, quizá —añadió Maddox, sombrío.

No pudieron continuar con sus apreciaciones del caso. La puerta del camarote se abrió. Asomó un oficial de gris y negro, que les saludó militarmente.

—Síganme —pidió—. La Señora quiere verles ahora.

—La Señora... —suspiró Lone—. ¿Quién será ella, Maddox?

—No sé, Lone. Saldremos de dudas enseguida, imagino. Pero sea quien fuere, parece que tiene gran autoridad aquí...

Les condujeron por varios corredores y escaleras descendentes, hasta un punto en el que el corredor se hacía más confortable y suntuoso aún, con espesa y blanda alfombra, en la que los pasos apenas si producían un leve rumor.

Detuviéronse ante una puerta. Los dos hombres observaron que lucía, como número o indicativo de aquel camarote, un rombo dorado, y una letra «Q» encima. Se miraron entre sí, perplejos.

—La Dama de Diamantes —leyó Lone, como si contemplara un naípe—. Curioso, ¿no?

—Mucho —asintió Maddox—. Es el signo de los naipes, ciertamente. A menos que sea simple coincidencia...

—No es coincidencia —cortó el oficial que los escoltaba—. Ella, La Señora, se llama Diamond Queen.

—Diamond... —repitió Lone, risueño. Chascó la lengua—. Me gusta eso. Yo, Afortunado... y ella la Reina de Diamantes... Todo forma parte del juego, ¿no, Maddox?

—Sí, pero tenga cuidado —silabeó el agente del S. I. S.

—. Todos los triunfos están en manos de ellos, esta vez. No fíe demasiado en su fortuna.

—Ésa es una fe que nunca perdí —confesó Lucky Lone—. La mantendré en tanto siga vivo.

Golpeó de modo convenido el oficial en aquella puerta rotulada con un diamante de baraja en oro, y el signo de la dama de ese palo de naipes. Sin respuesta alguna, la puerta se abrió silenciosamente.

Los dos hombres vieron que nadie la accionaba. Todo automatizado a bordo. Quizá programado, como un gigantesco tablero electrónico. El secuestrador del profesor Robards parecía cobrar más sentido, por momentos. Aquella gente parecía obsesionada por los procedimientos cibernéticos.

—Entren —invitó una voz sedosa, susurrante. Y femenina.

Entraron. La puerta se cerró tras ellos nuevamente, sin que el oficial de uniforme negro y gris les acompañara. Se encontraron en una amplia cabina de aquel curioso barco. La luz era suave, pero intensa y toda igual. El mobiliario del camarote era más adecuado para un palacio residencial de la Quinta Avenida, que para una embarcación cualquiera.

Mesas y asientos sólidos y suntuosos, cortinajes, cuadros, marcos dorados, reproducciones de buenos pintores, en su mayoría impresionistas, candelabros, estatuillas de bronce o piedra. Había también una mesa de tapete verde, para naipes, otra con tablero de ajedrez, grabado en marfil y ébano, e incluso una pequeña ruleta en un rincón. Frente al asiento ocupado por la dama, un receptor de televisión de gran tamaño, al menos con pantalla de veintinueve pulgadas, emitía un programa en color. A ambos hombres dio la

impresión de sorprenderles la nitidez de la imagen y la señal recibida, tratándose de un televisor en un barco. La imagen no producía la más leve oscilación.

—Bien venidos a bordo, señores —saludó la misma voz femenina de antes, con tono profundo y suave—. ¿Se encuentran confortablemente?

—De momento, sí —afirmó Maddox.

—No puedo quejarme, Señora —respondió, por su lado, Lone.

—Siéntense, por favor —mostró ante ella unos asientos repletos de cojines, formando semicírculo ante el receptor de televisión—. ¿Qué prefieren tomar? ¿Café, algún licor, alimentos acaso...?

—Yo tengo apetito —dijo Lone, rápido, dejándose caer con un suspiro en los asientos—. Pero me gustaría tornar algo ligero: pan tostado, mantequilla, mermelada y café, por ejemplo.

—Yo, sólo café —aceptó Maddox, seco, sentándose con lentitud frente a la dama, y estudiando a ésta con igual curiosidad y asombro que Lucky Lone.

Era, realmente, toda una dama. Hermosísima y llena de arrogancia. Muy alta, muy rubia, de cabello casi plateado, suave y liso, como un hilo de seda. Tenía ojos verdes, rasgos nórdicos, boca carnosa y formas físicas muy pronunciadas. Su vestido, rojo y negro, como los colores mismos de una baraja de póquer, recordaban inevitablemente a la reina de diamantes de un naipe. Pero con exuberancias de walkiria escandinava, y centelleo ardiente, de hembra sensual, en sus ojos inteligentes y agudos.

—¿Sorprendidos? —preguntó ella suavemente, tras afirmar con la cabeza y pulsar una tecla, en un curioso mando del brazo de su cómodo asiento, totalmente salpicado de teclas de diversos colores que, sin duda, tenían diferentes utilidades para sus órdenes y disposiciones.

—Admirados, diría yo —habló Lone—. De usted, sobre todo.

—Muy amable —habló ella, seca—. No me refería a mí, sino a este barco.

—Es una fortaleza. Mitad yate, mitad castillo flotante —ponderó Lyman Maddox, pensativo, contemplando a la dama y luego, de reojo, el receptor de televisión, que transmitía un programa de madrugada de una emisora de la costa atlántica de los Estados Unidos—. De cualquier modo, admirable. ¿Es su cuartel general,

quizá?

—No —rechazó ella, riendo—. Sólo una avanzada de nuestro cuartel general.

—Ustedes no parecen comandos palestinos —señaló el agente del S. I. S..

—¿De veras? —rió ella, sardónica, echándose atrás en el asiento. Cruzó sus largas piernas. La falda también era larga, pero su abertura lateral mostró la línea perfecta de su pantorrilla y la firmeza de su muslo, largo y armonioso—. ¿Qué parecemos, entonces?

—No sabría decirlo. Millonarios caprichosos, si acaso. Pero tienen que ser algo más.

—Millonarios... Empezamos a serlo, realmente —sonrió la dama—. He visto con mis propios ojos el contenido de ese maletín, señor Maddox. Veinticinco millones... Son un buen principio.

—¿Principio? —Silbó entre dientes Lone—. Yo diría que son un buen fin...

—Para usted, quizá sí —le miró ella, despectiva en cierto modo—. Es sólo un pillo solitario, un pirata aislado. Se conforma con poco. Veinticinco millones, amigo mío, son para nosotros el principio de algo grande. El dinero necesario para empezar a hacer realidad nuestro sueño.

—¿Qué sueño? —indagó Maddox.

—El más viejo de la humanidad —sonrió ella—. Ser dueños del mundo.

Lucky Lone soltó una suave carcajada. Ella le miró, furiosa, sin duda irritada por su comportamiento.

—¿Qué le ocurre ahora? —quiso saber—. ¿Qué despierta su hilaridad?

—Perdone, preciosa —la ironía ponía un gesto sarcástico en el rostro del pirata solitario—. Estaba pensando en Aníbal, en Alejandro, en Napoleón, en Hitler...

—Sé lo que piensa. Todos ellos fracasaron en su empeño. Bien. Nosotros, no.

—Hitler dijo algo así a un consejero suyo que le hizo advertir el hecho. Eso no cambió las cosas.

—Usted me resulta particularmente desagradable —replicó ella, acerada la voz, clavando sus ojos en Lone—. Podría hacerle ejecutar

en el acto. Hay motivos para ello. De no ser por nuestro agente infiltrado en el FBI americano... usted habría escapado con el dinero, ante la pasividad del señor Maddox...

—Lamento que mi actitud no fuese distinta —replicó éste—. Lone nos sorprendió a todos.

—Lo sé. Lone es un pillo muy audaz... y muy imaginativo. Un mecanismo ingenioso, maneja dinero y medios... Pero nunca oí hablar antes de él.

—No soy un hampón vulgar, ni un delincuente famoso en los centros policiales —se sintió ofendido Lucky Lone.

—Eso es evidente. Le repito que podría ordenar su muerte, pero prefiero esperar. Quizá usted y yo lleguemos a un acuerdo amistoso. Todo dependerá de su capacidad de adaptación, Lone. Pero creo que vale la pena vivir... a cambio de algo.

—Me temo que quiere reclutarme para sus fuerzas —dijo el pirata, irónico.

—No se ha equivocado —suspiró ella—. ¿Qué le parece la idea?

—Me gusta más trabajar en solitario. Pero imagino que no está dándome a elegir entre esas dos cosas, sino entre vivir aquí, formando parte de su grupo... o morir estúpidamente solo.

—Exacto —afirmó apaciblemente Diamond Queen, entornando sus ojos verdes y profundos, donde centelleaba la malicia—. Lo bueno de usted es que no tiene nada de tonto. Entiende las cosas apenas se le sugieren...

—No me gusta presumir de listo, pero lo soy. Quizá por eso sigo con vida. Y quizá también por eso..., estoy dispuesto a aceptar lo que ofrezca, Señora.

—Eso me complace —miró al silencioso camarero filipino, de blanca chaqueta con galones dorados, que servía lo pedido por ambos hombres. Cuando se hubo retirado el sirviente, la hermosa dama de pelo platino giró sus ojos hacia Lyman Maddox—. En cuanto a usted, señor Maddox, aunque es la primera vez que nos vemos... sabía bastantes cosas de su persona como para pensar que también podía serme útil.

—¿Yo? —El agente del

S. I. S.

meneó la cabeza negativamente—. No sueñe siquiera en eso.

—Sé muchas cosas sobre usted. Es agente especial de una nueva

organización de Inteligencia y Seguridad. Tengo todos sus datos y el historial. ¿No le sorprende?

—Usted ya no puede sorprenderme mucho —confesó el hombre encargado de llevar veinticinco millones, en aquel viaje a lo desconocido—. Tiene la virtud de ser una caja continua de sorpresas. Pero tras ver que Kelly Dix, un agente federal de toda confianza, era un traidor a su servicio, Señora... creo que todo es posible aquí. ¿Tanto sabe de mí?

—Prácticamente todo, Maddox. Es un superagente, lo sé. Pero no le temo. Sin duda, le han elegido pensando que puede plantearnos la batalla en nuestro propio terreno. Si es así, está en un grave error, y quizá empiece a comprenderlo. Aquí no tengo nada que temer. Y eso que no es el cuartel general, ni mucho menos. Controlo un auténtico mundo de electromagnetismo y de biocibernética. Los mayores avances en esa rama tecnológica, los poseemos nosotros. Eso no sólo nos hace invulnerables a las armas más modernas del ingenio humano..., sino también terriblemente fuertes en nuestro poder ofensivo.

—¿Pretende asustarme, acaso? Si es así, le aseguro que no va a lograrlo. Sólo vine a entregarle ese dinero y exigir la devolución de rehenes y una mínima garantía de que la vida del profesor Robards no corre peligro alguno, así como la seguridad de que volveré libremente a su mundo y a su gente.

—Todo eso forma parte de nuestro pacto, Maddox. No faltaremos a nuestra palabra.

—Ya es algo —suspiró el hombre de ojos pardos.

—Sí, ya es algo. Y existe alguna cosa más: no tomaremos represalias por el hecho de que un superagente activo, al servicio de la Seguridad Nacional, traiga ese dinero. Sé que su proyecto es sacar de aquí algo favorable. De poder ser nuestra derrota incluso. Pero en eso se equivocaron. Ni un superagente puede conseguir tanto. Se volverá a casa sin su dinero, pero con dos personas a quienes conoce: Tania Blansky, agente del

S. I. S.,

como usted mismo, y un federal de la escolta personal del profesor Robards. Veo que tampoco se trajo usted a la hija de Robards, conforme se le pidió.

—Ella se negó en redondo. No quiso ver a su padre. No se llevan

muy bien los dos.

—Sí, sabíamos eso. Pero valía la pena probar fortuna. Era una exigencia del profesor Robards para trabajar a gusto con nosotros el tiempo que se le exige esa colaboración. Espera que usted mismo se lo pueda explicar a él, de modo convincente...

—De modo que es eso: Robards trabajará para su gran imperio de la electrónica, Señora...

—Electrónica y juego —rió ella, irónica—. Son nuestras dos grandes bazas, Maddox. Tenemos la fría determinación de una máquina, y confiamos a la vez en el azar, la fortuna y nuestra propia audacia de jugadores.

—Una combinación muy peligrosa. Para los demás, por supuesto —ponderó Lone, pensativo, mientras tomaba, impávido, su refrigerio.

—Gracias, Lone —ella le miró de soslayo, complacida—. Me alegra que lo entienda. Somos dos personas sumamente peligrosas. Y muy unidas.

—¿Dos? —indagó Maddox.

—Sí —ella sonrió, irónica—. Yo soy el azar, la fortuna, la audacia. El... la fría y científica tecnología, la mecanización del poder. La máquina, en suma.

—¿Quién es él? —se interesó Maddox—. Imagino que yo no podré saberlo...

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros Diamond Queen—. No va a ganar nada con ello. El nombre de él es Fandom Fortune.

—Fandom Fortune... Extraño nombre.

—Como él mismo —rió Diamond, acariciándose, mecánicamente, sus platinados cabellos—. Tiene el cerebro de una máquina perfecta... y el corazón de un jugador capaz de arriesgarlo todo en un solo envite. Creo que hemos nacido el uno para el otro, caballeros.

—Envidia a ese hombre —suspiró inesperadamente Lucky Lone, echándose atrás.

—¿Usted lo envidia? ¿Por qué? —replicó ella—. ¿Por su poder, su fortuna, su capacidad...?

—Por nada de eso. Sólo por usted, Señora.

—¿Por mí?

—Me gustaría que una mujer como Diamond Queen dijera de mí que hemos nacido el uno para el otro —sonrió Lone, malicioso.

—Lucky Lone, si vamos a colaborar en algo, quiero que recuerde esto —habló ella con helada arrogancia—: Sólo hay un ser viviente para mí en el mundo: Fandom Fortune. Usted podrá creerse irresistible, pero no para mí. Yo seré siempre su jefe, su superior, su... reina. Nunca su dama. ¿Lo ha entendido?

—Está muy claro, Señora —suspiró Lone—. Pero usted no podrá prohibirle a mi mente que piense en usted como mujer, no como reina ni como superior jerárquico...

Ella no dijo nada, en principio. Pulsó un botón de su brazo del asiento. Señaló la salida. Aparecieron en ella dos guardianes uniformados.

—Llévense a ese hombre —señaló a Lone con frialdad—. Muéstrenle su camarote y que repose. Se queda a bordo. Pero recuerde, Lone, que, de momento, se le prohíbe, terminantemente, abandonar su camarote, bajo pretexto alguno. De hacerlo, sería trasladado a una celda, de la que le sería imposible salir. Y en la que no tendría las comodidades que le esperan en su alojamiento actual. ¿Qué decide?

—La respuesta es obvia —sonrió Lucky, con cinismo. Se incorporó, con un bostezo. Hizo un saludo a Lyman Maddox—. Nos veremos, amigo..., si ambos vivimos para contarlo. O si usted no vuelve a la civilización antes de que yo pueda abandonar mi jaula de oro...

Salió del camarote, entre los dos soldados. Dejó allí, ante la pantalla de televisión en color a Diamond Queen y al agente Maddox. La puerta se cerró suave, mecánicamente. Fue conducido Lucky Lone hasta un camarote, situado no demasiado lejos del santuario de la hermosa dama. Entró. La puerta se cerró tras él, con igual suavidad. Los soldados se quedaron fuera.

El solitario pirata del aire contempló la confortable estancia en que se hallaba. Sus ojos escudriñaron todos los rincones, como buscando algo más que comodidades, muebles modernos y pulcros, como allí había.

No lo halló en principio, pero no por ello se alteró su apariencia. Entró en el cuarto de aseo de que disponía. Se miró al espejo.

Tocó las lentillas de contacto color negro intenso, el cabello teñido hábilmente. Y se dijo mentalmente, sin atreverse a hablar consigo mismo en voz alta:

—Cielos, espero que todo salga bien ahora... Que esa astuta y bella

mujer no sospeche nada de Hasper Young, agente especial del
S. I. S....

Pobre Hasper, amigo mío. Representando el papel de Lyman
Maddox, desde que esa avioneta abandonó Nueva York... mientras
todos deben ignorar que el verdadero Lyman Maddox SOY YO...

CAPÍTULO VI

BIOCIBERNETICA

Hasper Young, agente especial del Secret Intelligence Squad, estaba pensando aproximadamente lo mismo, en esos momentos:

—Dios mío, si esta hermosa dama supiera que tiene ante sí a un falsario... Que yo no soy Maddox, sino un hombre elegido por sus señas físicas, su color de ojos y su cabello, entre todo el personal especializado del

S. I. S....

Si supiera, en cambio, que el cínico y temerario Lucky Lone, el pirata del aire... ¡es Maddox! Sería capaz de hacernos ejecutar a ambos. Éste es un maldito atrevido. Sobre todo, con semejante clase de enemigos...

La penetrante mirada verde de Diamond Queen no era un peligro desdeñable, ni mucho menos. El falso Maddox, el hombre que viajó en aquella avioneta con veinticinco millones de dólares, representando el papel del mejor agente del

S. I. S.,

mientras el verdadero Maddox, desconocido por el traidor Dix y el desdichado Drury, viajaba de polizón, a la espera de su oportunidad de representar el gran papel, sabía que a la menor sospecha, ella entendería los planes de Maddox, pretendiendo introducirse en la organización adversaria, bajo una falsa identidad de delincuente solitario. Y su represalia sería terrible.

En principio, habían pensado enfrentarse con algún político clandestino, luego, con alguna pequeña potencia o con una organización criminal al servicio de alguna ideología política.

Todo eso parecía no confirmarse ahora. Estaban a bordo de un barco dotado de unos ingenios electrónicos realmente insólitos. Estaban en poder de unas gentes extrañas e indefinibles, de raza blanca, de apariencia disciplinada y correcta, de grandes medios económicos, con hombres uniformados, con organización y eficiencia. Pero, eso sí, despiadados si era preciso. El falso Maddox

difícilmente podía olvidar la forma brutal en que el traidor Kelly Dix, el federal vendido a los enemigos, asesinó ante sus ojos a su colega Drury.

—Bien, Señora... —suspiró Hasper Young, siempre en su papel de Lyman Maddox, correctamente interpretado por el joven agente—. En resumen: me va a ser devuelta la señorita Blansky...

—Eso es. Y el agente federal encargado de la custodia del profesor Robards. Hubo víctimas, usted lo sabe: el piloto, dos agentes de seguridad..., y una de nuestra guerrilleras más eficientes, Lorena Martin. Son azares de la guerra, Maddox. Igual pudimos caer nosotros.

—¿Qué guerra, Señora? —preguntó Young, tenso—. Entre mi Gobierno..., ¿y quién o quiénes? Eso es lo que no entiendo.

—Está claro: entre su Gobierno... y nosotros, Maddox. Y al decir «nosotros», me refiero a dos personas: Fandom y yo.

—Fandom y usted... ¡Dos personas solas, enfrentándose a los Estados Unidos, el país más fuerte del mundo! ¿No cree que es como de locos?

—Tal vez lo parezca. Pero ¿es cosa de locos obtener veinticinco millones de dólares? Ese dinero nos abrirá muchas puertas, muchas colaboraciones en el mundo. No todos son amigos de ustedes, los americanos.

—Eso es cierto. Pero ¿conseguirán algo? Es ridículo enfrentar a un niño con un coloso.

—David mató a Goliath, no lo olvide.

—No lo olvido, Señora. En este caso, es como un David cien veces más débil y pequeño, contra un Goliath mil veces más grande y fuerte. ¿Se repetirá el pasaje bíblico?

—David sólo disponía de piedras y una honda, Maddox. Yo, nosotros... tenemos el mayor poder de la época: la Electrónica. La Biocibernética, Maddox.

—Biocibernética... Electrónica y Biología. Ambas cosas juntas. O ninguna, no sé aún... Señora, ¿qué espera lograr con eso? Nuestro país es el primero en electrónica, no lo olvide tampoco. Además, la electrónica no puede vencer a un país.

—Está en un error. Nosotros podemos.

—Es evidente, Señora: el hecho de que un chantaje internacional, una simple coacción basada en un secuestro, les reporte un

beneficio, al pagar nosotros por esos rehenes, no significa que vayan a ganar la guerra, ni siquiera una batalla. Es sólo una escaramuza. El golpe de sorpresa les beneficia. El valor de las vidas humanas en peligro, también. Ahí termina todo. Su sueño va a terminar en desastre. Y lo peor es que, antes de que eso suceda, muchas vidas humanas correrían peligro. ¿Por qué desencadenar todo eso?

—Ya se lo dije antes: el dominio del mundo.

—Es un disparate. Señora, usted parece culta, inteligente... ¿Cómo puede pensar así? ¿Cómo lo hace Fandom, o como quiera que se llame su compinche? Van al caos, los dos. Y arrastrarán a todos esos que les rodean, y que imagino serán mercenarios bien pagados, como piensan hacer con Lucky Lone.

—Maddox, usted no ha venido aquí para dar consejos sino a entregar un dinero, recoger unos rehenes y regresar.

—¿De veras me va a permitir regresar?

—Sí. Su histeria nos había deslumbrado. Parecía ser usted un superhombre, o poco menos. No estuvo a la altura de esa fama en el viaje, cuando Lone se quedó con el dinero, y todo lo demás. Tampoco ahora me convence usted, dialogando de algo que debería saber que no voy a aceptar, por muy lógico que le parezca. No voy a hacerle proposición alguna, Maddox. Vuelva a su rutina del organismo oficial, con la misión cumplida a satisfacción de sus superiores. Eso, en su país, quizá le reporte incluso el halo de héroe popular. Puede descansar a bordo, esta mañana. Antes de oscurecer nos encontraremos en el mismo punto donde le esperan ahora Tania Blansky y los demás. Podrá hablar personalmente con el profesor Robards, para su tranquilidad. Y esta noche, emprenderá vuelo con el reactor, de regreso a los Estados Unidos, llevándose consigo sus dos rehenes, y un nuevo mensaje para el presidente de su orgullosa y potente nación.

—¿Otro mensaje? —arrugó el ceño el falso Maddox—. ¿De qué se trata esta vez? ¿Puedo saberlo?

—Claro que puede saberlo. A fin de cuentas, mañana todo el mundo lo sabrá, Maddox. En ese mensaje, irá nuestra nueva petición a su país. En esta ocasión, el Tesoro de los Estados Unidos deberá vaciar algo más sus arcas de oro de Fort Knox [2] o pedir la cooperación de otros países, para recibir ayuda en forma de dinero legal en cualquier parte del mundo: es decir, en divisas o en oro.

El falso Lyman Maddox pestañeó, preocupado.

—¿Qué quiere decir, Señora? —indagó—. ¿Habla usted de... OTRO chantaje?

—Llámelo así, si eso le divierte —se encogió de hombros Diamond Queen—. Personalmente, prefiero definirlo como «una petición de ayuda económica para nuestra futura potencialidad económica y política en el mundo, a cambio de ciertas graciosas concesiones».

—Y... ¿a qué llama usted «graciosas concesiones», si puede saberse?

—Se irritó en esta ocasión Hasper Young.

—Pues... a renunciar a ciertas agresiones, capaces de hundir la moral y el prestigio de su país, Maddox... al tiempo que significarían millares, cientos de millares de vidas humanas sacrificadas, como muestra de nuestro poderío.

Young la miró, asombrado. Se puso en pie, casi violento.

—¿Se ha vuelto loca? Están llegando demasiado lejos sus prospectos y sus exigencias. ¡El Gobierno se reirá de sus peticiones, cuando las lean!

—No podrán reírse, Maddox —negó fríamente ella—. En absoluto. A pesar de que la suma pedida, en oro, dólares, libras, francos suizos o marcos alemanes, será del orden de los quinientos millones de dólares... no se reirá nadie de ello.

—¡Quinientos millones! —Young soltó una seca carcajada—. Deliran ustedes. Va a ser el mejor chiste del año, en el país, estoy seguro.

—¿Cree que alguien lo considera un chiste, sabiendo que, para entonces, como prueba de nuestro poder... toda la ciudad de Nueva York «estará destruida»?

* * *

—¡Nueva York, destruida! ¡Eso no tiene sentido!

—Lo siento, señor. Es el mensaje que acaba de ser recibido por radio, transmitido desde un lugar desconocido, en el Atlántico.

Weiner Shark, jefe del

S. I. S.,

lanzó un bramido, estrujando el texto que acababan de darle. Sus ojos se clavaron en el reloj eléctrico, sobre el muro.

—Y Maddox sin volver, sin dar siquiera señales de vida... —jadeó

—. Ni él, ni Young... ¿Qué mil diablos habrá sido de ambos, a estas horas?

Volvió a leer el mensaje, tal como lo recogiera el radioescucha federal, sólo hacía unos minutos. Increíble, contempló aquel texto absurdo y delirante:

«Maddox sin novedad. Regresará conforme se ha previsto y convenido. Dinero en nuestro poder. Todo correcto. Maddox regresará con otro mensaje para su presidente. Es importante lo atiendan y lo acepten, mientras tanto, cuiden su ciudad de Nueva York. Va a ser destruida como prueba de nuestro poder. Hagan evacuar urgentemente la isla de Manhattan, para evitar inútil matanza de miles de víctimas. La destrucción tendrá lugar a las diez de esta noche, sin falta. Podrán ver a distancia, por televisión, cuanto suceda allí. Será solamente un ejemplo de lo que somos capaces de alcanzar si no se nos escucha. Después trataremos la cuestión.

»*Utopía*».

—¡Utopía! —masculló Shark—. ¡Se aplican un nombre como si fuesen un país ideal, sin aclarar nada más! Ignoramos aún si es un movimiento político, fanático o militar, unos comandos audaces... o un juego siniestro de alguna gran potencia. Malditos sean todos... ¿Cómo hablo yo de esto al presidente con toda claridad, sin que mi cargo peligre, o sin que me encierren en un manicomio, por orden presidencial?

Su interlocutor se encogió de hombros, dando a entender que ése era problema suyo, y se sentía muy orgulloso por ello. Shark, malhumorado, se incorporó. Fue hacia el Teléfono Verde. Descolgó el auricular.

Y comenzó a hablar con el presidente.

—Las siete y diez minutos —dijo el presidente, nervioso, consultando el reloj de pared, sincronizado constantemente con la hora oficial del Meridiano—. ¿Cómo va todo eso?

El general Wallace, del Alto Estado Mayor, abandonó un teléfono, para acudir inmediatamente al lado del presidente, en la confusión del momento.

—Del mejor modo posible, dada la premura de tiempo, señor —informó—. Está evacuada más de la mitad de la isla de Manhattan, por medios militares. Calculamos que, particularmente, un tercio de la zona ha sido evacuada ya por los propios ciudadanos. Se mantiene el orden en todo momento. Se insiste en que es solamente un simulacro de bombardeo nuclear, y parece que la gente ha aceptado como buena la explicación.

—¿Se utilizan los refugios nucleares?

—Se utilizan, señor. Muchos se alojan en el subway, otros en las redes del alcantarillado... Se les advierte que eso no ofrece garantías, pero como piensan que es un simulacro, y no se les puede revelar la verdad...

—Bien, general. Espero, de todos modos, que nada suceda. Todo esto ha de ser, forzosamente, una gran fanfarronada, un alarde de osadía... Nueva York no puede ser destruida repentinamente. Ni por esos locos, ni por nadie. Pero estamos llevando a cabo una labor de mínima seguridad para la población civil. Aunque nada suceda, no nos arrepentiremos de haber obrado así, general. Y aunque algo sucediese, no pueden disponer de armas nucleares. Es posible que el Metro y las alcantarillas bastasen para... Oh, cielos, no sé por qué hablo así —rechazó el presidente sus propias ideas—. Es una auténtica locura imaginar...

Se volvió, sin terminar la frase, entre el maremágnum de sus colaboradores, aferrados al teléfono, transmitiendo por radio e incluso por televisión en circuito cerrado cuanto estaba disponiéndose en la Casa Blanca para evitar el posible caos neoyorquino.

Encontróse con Werner Shark, jefe del
S. I. S.,

que entraba en esos momentos, sudoroso y despeinado, en la sala de conferencias de la Casa Blanca, habilitada como cuartel general en aquella febril noche de actividad delirante.

—¿Alguna novedad, Shark? —se interesó el primer magistrado de la nación.

—Un mensaje urgente, señor —jadeó el jefe de Maddox, enjugándose la transpiración. Le tendió el texto—. Se ha recibido por radio, como es habitual.

El presidente leyó el texto:

«Maddox emprende esta noche regreso con rehenes. Confirmamos garantías totales devolución profesor Robards en plazo de dos meses aproximadamente.

»Estamos controlando su actividad en Nueva York. Sabemos que hacen cuanto pueden por evitar víctimas. Apresúrense. Sólo disponen ya de tres horas escasas.

»Mañana recibirán mensaje entregado a Maddox para ustedes. Estamos seguros de su respuesta afirmativa.

»*Utopía*».

—Cielos... —Ahora fue el propio presidente quien enjugó su rostro húmedo con un pañuelo, nerviosamente. Cruzó una mirada tensa con Shark—. Ni siquiera sabemos si Maddox podrá hacer algo, si sabrá lo que esta gente ha dicho que va a suceder en Nueva York... Y, sobre todo, ¿será posible? ¿Tendrán suficiente poder para destruir Nueva York?

* * *

—Destruir Nueva York... Forzosamente, están todos locos aquí.

—Ojalá pensara yo igual —fue el frío comentario de Lucky Lone.

Hasper Young, el falso Maddox, le contempló, aturdido. Estaba muy pálido, muy crispado.

—No hablará en serio... —jadeó.

—No me gustaría que todo eso fuese cierto... Pero algo me dice que pueden ser capaces de ello. Sí, Maddox —le miraba, inexpresivo, al citar su nombre como bu fuese el auténtico—. No me ha gustado nada eso que dijo Diamond Queen, hace un rato. ¿Recuerda? Podremos ver por televisión, mientras cenamos en el lugar donde

vamos a ver a Robards y recoger usted a sus rehenes, cómo Nueva York es destruida.

—No puedo creerlo —rechazó Young—. Es imposible. No tienen medios para acabar con todo Manhattan súbitamente. Tenemos barreras magnéticas protectoras, detectores de toda clase de armas teledirigidas, antimisiles y cuanto el ingenio humano ha creado para defenderse y contraatacar...

—En teoría, todo es como usted dice. Pero me pregunto: si están tan seguros de eso, es por algo. De otro modo, no harían alardes que luego no supieran cumplir, entiéndalo.

—¿Se imagina, si eso sucede? Aunque hayan evacuado casi todo Manhattan, habrá siempre víctimas, destrozos... Luego, están las consecuencias ulteriores. Creerán todos que es obra de la URSS o China. Incluso es posible que la opinión pública exija una réplica sobre Moscú o Pekín. Y la guerra total será un hecho terrorífico...

—Sus temores van demasiado lejos, mi querido Maddox —sonó burlona, suave, la voz de Diamond Queen, a sus espaldas—. Moscú y Pekín serán informados a tiempo. También ellos tendrán problemas. No queremos un mundo asolado por una guerra total, sino un mundo rico, pero nuestro. Enteramente nuestro...

Ella había aparecido en la cámara donde ambos hombres charlaban, de modo inesperado. Venía flanqueada por dos soldados de su escolta. Vestía ahora pantalones rojos y blusa negra de seda, salpicada de rombos rojos y letras «Q». Era curiosa su obsesión por ese naípe. Casi tanto como su fervorosa devoción por la Electrónica. Se incorporaron Maddox y Young. Ella miró al segundo, al que creía el auténtico Lyman Maddox:

—Hemos llegado a puerto —informó—. En breve, verá a su amiga Tania Blansky. Ella se muestra impaciente por verle, Maddox. Parece que ambos se llevan bien, ¿no?

—Somos buenos compañeros —asintió Hasper Young, sintiendo dentro de sí aquella misma inquietud que sufriera durante todo el viaje. Tania nada sabía de la suplantación hecha. Ciertamente que conocía a ambos, pero ¿cómo reaccionaría, al ver a Maddox, al auténtico Maddox, con pelo negro y ojos con lentillas negras, mientras él, Young, parecía ser Maddox? ¿Captaría el juego o sometería algún error, por precipitación?

Maddox había explicado al respecto, para tranquilizar a Young, allá

en Nueva York:

—No debes temer nada, amigo mío. Ya sabes que Tania siempre es dueña de sus nervios, y es una observadora formidable. Notará enseguida mi alteración, esperará a saber qué sucede, qué debe hacer. Espero que nosotros mismos sepamos darle la clase exacta, en el momento adecuado.

Eso había tranquilizado entonces a Hasper Young. Sabía que Tania Blansky era serena y astuta, que nunca se precipitaba... Además, existía una gran compenetración psíquica entre ella y. Maddox, consecuencia de experiencias programadas por el

S. I. S.

en complejos tests psicológicos y cerebrales. Todo eso, en su momento, podría dar resultado o no. La cosa estaba por ver.

Ahora iban a salir de dudas, en breve. Respecto a Robards, no había problema. El profesor no conocía personalmente a Young ni a Maddox. Igual sucedía con el miembro federal de su escolta.

—¿Insiste en augurar que veremos por televisión... la destrucción de Nueva York? —indagó Lucky Lone, con tensa voz.

—Insisto, sí. ¿Asustado, quizá? —se burló ella—. ¿O el valeroso, audaz y cínico Lucky Lone empieza a fallar lamentablemente?

—No es eso —negó Maddox, en su papel de granuja astuto y decidido—. Es que no creo en lo que usted afirma, Señora. Con todos mis respetos...

—Muy bien —los verdes ojos de ella se clavaron en Maddox fríamente—. Tendrá ocasión de comprobarlo durante la cena de despedida que vamos a dar al señor Maddox, esta misma noche, antes de que parta de este lugar, con destino a Nueva York...

—Eso me hace pensar que Maddox podrá decidir, en su país, el emplazamiento exacto de este lugar, puesto que va a ocuparse de conducir el reactor de regreso —aventuró Lene, pensativo, mirando al falso Maddox—. Eso puede ser peligroso...

—He pensado en ello. Aquí no se cometen errores, Lone —replicó ella—. Un piloto nuestro sacará el avión de aquí. Tiene instrucciones de llevar el aparato hasta cierto punto, donde él saltará en paracaídas, dejando a Maddox con sus acompañantes, para que terminen viaje, localizando fácilmente su emplazamiento en ese instante.

—Eso está mejor —asintió el auténtico Maddox, comprendiendo

ahora el seguro procedimiento a llevar a cabo por los secuestradores del aire, siempre en defensa de su impunidad. Y agregó—: No me gustaría meterme en eso para terminar en una mazmorra federal, apenas iniciado el cambio en mi negocio, Señora.

—No es usted el único listo, Lone —le recordó la dama—. No olvidamos un solo detalle de este asunto. De otro modo, estaríamos perdidos, pese a todo. Ni Fandom ni yo somos necios.

—Fandom... Estoy ansiando conocer a, ese personaje tan singular.

—Pronto será eso, Lone. Muy pronto. Cuando Nueva York haya sido ya destruida...

El falso Maddox resopló, moviendo la cabeza con energía, en sentido negativo.

—No, no puedo admitirlo —murmuró con voz sorda—. ¡No veré nunca semejante cosa, estoy seguro!

—¿No? —rió, irónica, Diamond Queen—. Espere un poco más de tiempo, y en el televisor, con perfecta imagen, podrá presenciar el final de su querida ciudad de Nueva York...

En ese momento, otro oficial de aquel extraño ejército negro y gris, apareció, inclinándose hacia ella y hablando algo en voz baja. Diamond pareció sorprendida. Pestañeó, dirigiendo una mirada pensativa a Young, el supuesto agente Maddox. El verdadero sintió una cierta inquietud interior, esperando lo que pudiera suceder. Algo le decía que no iba a ser nada favorable para él ni para su compañero Young.

Siempre hablando en voz baja, Diamond, la hermosa mujer del pelo platino, despidió al oficial de su guardia. Reflexionó en silencio, antes de alzar la cabeza y mirar fijamente a Young, a quien informó:

—Una persona a quien usted conoce, es invitada ahora en nuestro barco, Maddox. Espero le guste verla.

—¿Alguien... a quien yo conozco? —dudó Young, dominando un escalofrío—. ¿Quién? No será Tania...

—No, aún no. Ni Tania, ni ningún otro de ese grupo. Se trata de la persona que debía de venir con usted en este viaje.

—¿Dahlia Robards? —Fue casi un jadeo la voz del falso Maddox ahora.

—Exacto —afirmó Diamond—. La hija del profesor ha venido, pese a todo. No sé cómo lo hizo, pero evidentemente siguió su avioneta,

Maddox, a distancia prudencial. Debió utilizar un helicóptero provisto de sistemas electromagnéticos inventados por su padre, para no ser advertida ni localizada... Ha mantenido la persecución hasta ser avistada y dominada. Ahora está a bordo. Va a venir aquí. Imaginé que le gustaría saberlo, Maddox. Pero ahora, la chica de Robards deberá quedarse forzosamente con su padre. No podemos arriesgarnos a dejarla ir. Sabe demasiado, puesto que ha logrado seguirnos hasta este lugar donde ahora nos encontramos...

Young miró un instante hacia el auténtico Maddox. Parecía apurado por el riesgo que pudiese correr la hija de Robards, pero no eran esos sus pensamientos ahora, y Lyman Maddox bien lo supo, al ver la expresión de su amigo.

Temía que, cuando entrase Dahlia Robards, ignorante de la farsa preparada, y sin poseer la capacidad de adaptación y el control mental de Tania Blansky, apenas viera al auténtico Maddox, lo identificase, llamándole por su nombre.

Eso significaría, la muerte para ambos agentes, irremisiblemente.

Estaban aún pensando en ello cuando, algo más allá del punto donde Diamond Queen esperaba, sonó una voz de mujer, provocando el doble escalofrío en ambos hombres:

—Buenas tardes..., Maddox, de veras lo siento. Cambié de idea y he venido, no sé si para bien o para mal...

Era Dahlia Robards, ciertamente. La hija del profesor.

Y estaba hablando con la mirada fija en el auténtico Lyman Maddox, a quien Diamond conocía como el pirata Lucky Lone...

La dama platinada, sonriente, se volvía ya hacia la recién llegada. Un segundo más tarde, sabría la verdad completa.

Una verdad fatídica para Hasper Young y para Lyman Maddox...

CAPÍTULO VII

¡DESTRUCCION EN TV!

Los ojos de Hasper Young, desesperadamente, intentaron emitir un mensaje hacia Dahlia Robards. Era inútil. La hija del sabio cibernético sólo tenía la mirada para Maddox, que era el hombre a quien conocía.

Ya se volvía Diamond Queen hacia ella. Maddox se puso tenso, esperando la catástrofe. Cuando menos, iba a luchar. Sabía que era inútil en sus resultados, pero lucharía. Cualquier cosa, antes que ceder y darse por vencido. Calculó la distancia hasta el soldado más próximo, en el flanco de Diamond. Le arrebataría el arma para morir matando, cuando menos...

Todo eso sucedió en un segundo, dos todo lo más. Luego, súbitamente, varió por completo la escena. Fue como un milagro imprevisible un momento antes.

Y todo por aquella otra voz de mujer, que exclamó, radiante:

—¡Lyman! ¡Querido Lyman, al fin...!

Apareció ella, Tania Blansky, cruzó, veloz, la sala... y se lanzó en brazos de Hasper Young, a quien besó en los labios como hubiera hecho, en situación normal, con su amigo y camarada Lyman Maddox.

Perpleja, Dahlia Robards se detuvo, pestañeando. Miró a Young, a Maddox... Éste, rápido, pestañeó, con un urgente mensaje de alarma en su expresión. Confiando en que Diamond, cuya verde mirada se fijaba ahora en Dahlia, no advirtiera nada de todo aquello...

Hubo suerte. Dahlia reaccionó con agudeza. Su rostro se quedó inexpresivo. Sonriente, avanzó hacia... Young. Siguió hablando, como si nada hubiera sucedido:

—Maddox, estuve pensando en lo que hablamos en Nueva York...

Creo que papá nunca ha sido conmigo un padre comprensivo, pero, si está en apuros y desea verme, es justo que yo me reúna con él...

El falso Maddox apartó a Tania, que parecía feliz de verle.

Contempló seriamente a Dahlia. Afirmó, con un suspiro profundo de alivio.

—Sí, señorita Robards —convino—. Pero no debió hacerlo así. Ahora, ellos la retendrán, sin dejarla volver a casa. Sabe demasiado, por lo que parece...

—Sí, sé demasiado —afirmó ella con frialdad. Miró al falso Maddox. Luego, al auténtico, y no reveló emoción alguna. Su perplejidad era obvia, pero sabía disimularla muy bien. Añadió, volviéndose a Diamond Queen—: Su isla engañaría a cualquiera, amiga mía. Parece un cayo vulgar, uno más en estas zonas salpicadas de archipiélagos y de cayos... Ese embarcadero, esa industria pesquera, esos barcos de pescadores y la factoría de salazones... Todo muy astuto. Muy vulgar, para que nadie sospeche otra cosa...

—Se lo dije, Maddox —habló Diamond—. La hija de Robards sabe demasiado ya. Hasta que no transcurra un largo tiempo... me temo que ni ella ni el profesor podrán ya abandonarnos, aun con todo mi sentimiento.

—Eso rompe el acuerdo —replicó Young, airado.

—Es un hecho imprevisible. Ella no debió venir sola, de este modo. No tengo culpa de que sepa todos los detalles. Será mejor retenerla que hacerla ejecutar, por significar un peligro hacia todos nosotros, Maddox.

—¿Y a su padre, el profesor...?

—Ella le dirá cuanto sabe, aunque prometa que no, bajo juramento. No podemos correr el menor riesgo. Pero le prometo que, para un breve plazo, habremos cambiado de emplazamiento, y podremos dejarles libres a ambos. Este lugar es provisional, en tanto edificamos nuestro poderío futuro.

—Quisiera ver a mi padre... —musitó Dahlia—. Llevamos algún tiempo distanciados, pero creo que ha llegado el momento de reunimos, puesto que él me hizo llamar. Si debo permanecer a su lado, aquí me quedará gustosa.

—Muy bien —suspiró Diamond Queen—. Eso permitirá que él trabaje holgada y cómodamente con nosotros. Será un bien para todos...

—Menos para el resto del mundo —silabeó el falso Maddox—. Ahora entiendo algunas cosas más. Tienen montado un gran sistema electrónico, pero necesitan perfeccionar o mejorar algunas cosas.

Robards es su hombre. Le harán trabajar como un esclavo para engrandecer su poderío en cibernética. ¿Cree, de veras, que la electrónica lo es todo, Señora?

—Lo será en Breve —afirmó ella—. Cuando el Gobierno de Utopía empiece a ser admitido y respetado por todos...

—Utopía... —susurró Tania Blansky—. Cielos, esa locura... Es lo último que hubiera podido imaginar. ¡Levantar un país, un imperio, donde apenas hay nada!

—¿Nada? —Diamond desafió con su mirada a la muchacha del S. I. S.

—. Señorita Blansky, esta noche, por televisión, comprobará usted lo que queda de su orgullosa y gran ciudad de Nueva York. Como usted ha dicho hace un momento... ¡NADA!

* * *

Era una cena particularmente extraña y tensa.

Abundaban los manjares en la mesa de Diamond Queen, dispuesta especialmente para sus invitados.

Ante ellos, el receptor de televisión de gran pantalla, emitiendo en color un programa trivial, de unos estudios de la costa atlántica de los Estados Unidos. En torno a la dama del cabello platino, otras dos mujeres, Tania Blansky y Dahlia Robards. El profesor Robards en persona, con el falso Maddox, y con el auténtico.

El vino era bueno, los manjares escogidos, entre los mejores mariscos, pescados, carnes y frutas. Pero el reloj señalaba ya la proximidad de las nueve y treinta minutos. Sólo media hora para el caos. Y la televisión transmitiendo un programa musical, frívolo. Ni una mención. Ni una alusión a lo que pudiera estar sucediendo en Nueva York...

El auténtico Maddox, siempre en su papel de Lucky Lone, se inclinó. Llenó su copa de vino. Bebió. No le temblaba el pulso lo más mínimo. Le miró Robards, desde el otro lado de la mesa.

—Usted parece tener nervios de acero —dijo, con disgusto.

Todos miraron a Maddox. Especialmente, las tres mujeres. Dahlia humedeció sus labios. Tania no reveló emoción alguna. Diamond sonrió, maliciosa.

—Lucky Lone es un hombre notable, profesor —señaló la dama de

atavío rojinegro—. Mi última adquisición. Un gran mercenario, sin duda. Puede llegar a lo más alto, estoy segura.

—Siempre me gustó llegar alto. Por eso quizá me pongo a su lado, Señora —declaró Maddox, encogiéndose de hombros—. Y eso que dudo mucho que pueda usted destruir ciudades a distancia...

—La destruirá, esté seguro.

Hubo un repentino silencio en la mesa. Todos se volvieron al que había hablado.

—Papá... —musitó Dahlia, pues había sido su padre quien expuso tan crudamente los hechos—. ¿Tú hablas así?

—Tengo más razón de causa que nadie para expresarme de este modo, hija —suspiró el científico—. Conozco el poder de esta gente. Harán lo que quieran. Aterrorizarán al mundo, estoy seguro.

—Su hija era tan escéptica como todos nosotros, profesor —le avisó, con tono seco, el falso Maddox—. ¿Eso significa que ella, buena conocedora también del campo electromagnético... se da cuenta de que usted habló en serio?

—Ella sabe que hablo muy en serio, amigos míos —declaró tristemente Robards—. Por desgracia, ésa es la situación real. Estamos en sus manos. Ellos lo controlan prácticamente todo.

—¿Y usted qué papel representa en todo ello, profesor? —se interesó Young.

—No el principal, ciertamente. Sólo me utilizan como supervisor y perfeccionador de ciertos sistemas. Es algo fantástico. Sólo una mente superior pudo crear este imperio de la electrónica en que nos hallamos ahora.

—Y... ¿quién puede haber mejor que usted, en ese terreno, profesor? —se interesó ahora el auténtico Maddox.

—Fandom, seguro —aventuró, con sarcasmo, Young.

—No se burle, Maddox —replicó ella, airada—. Fandom Fortune es el creador de ese prodigio, sí. La electrónica, capaz de destruirlo todo, de derribar o levantar imperios, continentes... Y eso que el profesor ignora lo más importante. Hay algo que él no está autorizado a examinar. Es la Computadora Central, que depende directamente de Fandom, y donde se regulan y controlan todos los procedimientos cibernéticos a nuestro alcance.

—Sí, me gustaría entrar en la Cámara Uno —admitió Robards, con un suspiro—. Debe ser fabulosa la computadora que tienen allí...

—Realmente fabulosa. Pero sólo un ser la puede manejar: Fandom, profesor, ya lo sabe.

—Sí, ya sé —señaló con gesto triste hacia el televisor—. ¿Será él mismo quien...?

—Eso es. Será él mismo quien ponga en marcha la catástrofe —asintió Diamond, impasible.

Hubo un silencio tenso en la mesa. Los nervios permanecían agarrotados bajo los rostros crispados y las manos trémulas. Todos sabían que, dentro de un momento, se inclinaría la balanza hacia uno u otro lado. Según lo que apareciese en aquella pantalla de televisión...

—Brindo por lo mejor —dijo, de repente, el supuesto Lucky Lene, alzando su copa de vino. Bebió y tiró la copa, quebrándola al pie del televisor—. Sea ello lo que fuere, señores.

—Para usted, Lone, lo mejor es que Nueva York se borre del mapa —jadeó Young—. Eso le hará estar al lado del vencedor...

—Sí. —Maddox clavó sus ojos en ella. Diamond Queen le miró desafiante. Él le guiñó un ojo, al añadir—: Suena bien eso de estar al lado del vencedor... Sobre todo, si el vencedor es una mujer tan maravillosa como Diamond Queen...

—No siga —le cortó ella, seca—. Recuerde, Lone. Llegará muy alto conmigo, sí. Pero nunca obtendrá nada de mí. Pertenezco a Fandom. Sólo a él... y él a mí. Es un amor indestructible. Ni siquiera usted podría quebrarlo, Lone.

Maddox la miró, pensativo. Sentía una ardiente curiosidad por conocer a Fandom Fortune, el misterioso personaje aliado de aquella extraña mujer.

Pero en este momento, todo dejó de tener trascendencia, al lado de lo que sucedía en el televisor.

La imagen de brillante colorido de un espectáculo musical en los Estudios de Televisión, se había borrado súbitamente. Un presentador asomó su busto en la pantalla, anunciando, dramático el tono:

—Señoras y señores, como ustedes saben por informaciones anteriores, se ha iniciado en la tarde de hoy un simulacro oficial de ataque nuclear a Nueva York, particularmente la isla de Manhattan, que fue oportunamente evacuada en su casi totalidad, con perfecta y elogiada disciplina por parte de todos. Las autoridades confirman

que las actividades civiles y militares en el área, fueron correctas y no hallaron dificultad u obstrucción de ningún tipo. En estos momentos, Manhattan es una isla vacía virtualmente, a la espera de que, a las diez de la noche, se produzca ese teórico ataque enemigo sobre la ciudad.

Hizo una pausa el locutor, para añadir luego:

—Siguiendo órdenes directas del Estado Mayor del Ejército, y también de las autoridades civiles del estado de Nueva York y del Distrito Federal, conectamos nuestras unidades móviles, desde Nueva York para transmitir a ustedes con todo detalle el citado simulacro... Conectamos con Manhattan.

Se conectó la imagen. Las ondas hicieron su enlace de rigor, y la transmisión en color, desde Manhattan, se recibió en aquel lugar con total nitidez y precisión.

Era impresionante ver todo Manhattan en silencio, desolado, vacío, apenas con unos papeles flotando por las calles, algún perro callejero, aislados coches-patrulla... y fuerzas del Ejército patrullando en helicópteros y vehículos especiales.

Se miraron todos entre sí. Del televisor brotaba casi el vaho trágico de la muerte y del horror. Sin embargo, nada estaba sucediendo. Sobre la esfera de un reloj, cuya aguja de los minutos iba rápida hacia la cifra doce, para marcar las diez en punto de la noche, Manhattan era un perfil apagado y vacío, bien distinto a las luminosas estampas de Broadway en la noche.

Había luces, sí. Pero ni un alma por doquier. La voz del locutor apareció ahora bruscamente.

—Señoras y señores, desde nuestras cámaras, instaladas en Nueva York, al otro lado del Hudson y del East River, vamos a presenciar el simulacro anunciado para dentro de breves instantes. Les advertimos que tengan particular cuidado en atender a las imágenes. Es casi seguro que, tras la transmisión anunciada, el presidente dirija una alocución a toda la nación, tratando de explicarles algunos aspectos de este simulacro. Se nos informa que las cámaras instaladas en la Casa Blanca harán la conexión con nuestro centro de información, apenas se alcancen los cinco minutos de retransmisión directa desde Nueva York, y...

Un brusco silencio. Un zumbido en el televisor.

Las diez.

Las agujas marcaban la hora exacta. Todos oyeron, en el repentino silencio del comedor, eh jadeo ahogado de Diamond Queen, sometida a una tremenda tensión.

Los ojos se clavaban en el receptor de televisión. La imagen en color reflejó nítidamente Manhattan.

El zumbido se elevó, ahogando todo sonido. La voz del locutor, confusa, sonó lejana, más allá del diapasón agudo de aquel zumbido:

—Señores, nos informan de que algo está sucediendo en estos momentos... Una señal de emergencia avisa a todos de que no cunda el pánico por lo que pueda suceder inmediatamente. ¡Los detectores de alarma de la ciudad funcionan! ¡Hay señal de alerta encendida en la defensa estratégica de la ciudad de Nueva York! ¡El presidente insiste en que hablará a la nación, dentro de cinco minutos! ¡Por favor, asistan a este programa SIN PALTA! ¡Y mantengan la calma y el orden, si algo anormal sucede...!

Ya el zumbido lo llenaba todo.

De repente, el cielo se cubrió de señales luminosas, sobre la ciudad. Vibró la imagen. Vibraban los rascacielos, en realidad. Toda la imagen temblaba por momentos, cada vez más intensamente...

Y en el televisor, de súbito, emergió el horror, el caos, lo increíble... El falso Maddox emitió un gemido. Lívido, el profesor Robards se incorporó, derribando su asiento y su copa. Lucky Lone, pálido, y tenso, no separaba sus ojos del televisor.

Entonces, ante sus ojos alucinados, el horrible hecho tuvo lugar.

Durante unos minutos dantescos, la amenaza se hizo cierta.

... ¡Y Nueva York, fue destruida!

* * *

El Empire State Building fue el primero en tambalearse, comenzar a resquebrajarse y caer.

Le siguió el Woolworth, el Rockefeller Center, el palacio de las Naciones Unidas...

Ante ojos despavoridos, Nueva York empezaba a ser un amasijo informe de edificios desplomados, de cascotes, de polvo, de ruinas de chisporroteos en las luces, en los luminosos, de incendios incipientes en las zonas más densas...

No parecían estallar proyectiles, ni armas de ningún tipo funcionaban en la urbe. No se veía al enemigo, pero Nueva York estaba siendo destruida. Todo Manhattan temblaba, oscilaba como sacudido por un cataclismo geológico de proporciones colosales.

A las bocas de algunos Metros, se derrumbaban bloques de piedra, cemento o metal retorcido. El asfalto de la calle se abría, llegando incluso a engullir automóviles aparcados o autobuses abandonados.

Gentes despavoridas comenzaron a asomar por las bocas del subterráneo, sólo para recibir encima los aludes urbanos, los cascotes en masa aplastante, aniquiladora. Gritos, alaridos, terror y sangre, formaron, en aquellos momentos aterradores, la auténtica sinfonía de muerte de una ciudad despavorida, presa del caos y de la muerte, del aniquilamiento, y del holocausto.

La más horripilante de las hecatombes tenía lugar en aquel receptor de televisión en color, ante los ojos alucinados de cuantos presenciaban la escena alucinante.

Tania Blansky cerró sus ojos, emitiendo un grito ronco:

—¡Ya basta, basta, por Dios! ¡Detengan ese caos, ese horror...!

—Imposible —sentenció la voz de Diamond Queen—. Nadie puede detenerlo ya...

Dahlia se abrazaba a su padre, trémula, olvidados viejos rencores familiares, para sentirse unidos ante el dolor y el horror ajeno. Triunfante, Diamond Queen se incorporó, con ojos centelleantes, crispada su faz por un gesto de arrogante cólera, de dominador orgullo.

—Y así hasta el fin... —jadeó, fervorosa—. ¡Hasta el fin de todo el que no crea en el futuro mundo de Utopía, en mi poder mundial, en nuestra fuerza de titanes, Fandom querido...!

En ese instante, alguien perdió el control de sí mismo.

Fue una actitud justificada, por una tensión prolongada, unos nervios rotos y la presencia de aquel horror sin precedentes, aquella alucinante escena, capaz de poner los cabellos de punta a cualquiera.

No se le podía exigir a todo el mundo un temple semejante al de Lyman Maddox que, pálido, pero sereno, inmutable, sin revelar emoción alguna en su gesto, asistía a aquel apocalipsis, preguntándose cuándo iba a poder terminarse con aquel poder diabólico, como surgido del mismo averno, para desastre de los

humanos.

Hasper Young, sometido últimamente a demasiadas tensiones e inquietudes, estalló.

Y estalló del modo más equivocado y torpe que podía esperarse en un hombre del

S. I. S..

Pero sus agentes también eran humanos, a fin de cuentas.

Aquella reacción suya, fue humana. Como tal, equivocada.

—¡Víbora, monstruo malvado, harpía tan bella como cruel y despiadada...! —rugió.

Y se precipitó, con manos engarfiadas, sobre el cuello terso y erguido de Diamond Queen.

Ella gritó, sobresaltada, al verle caer sobre sí. Trató de zafarse, de eludir la presa. Cosa difícil, dada la furia repentina de Young, estremecido de ira y de odio ante la matanza pavorosa y la destrucción increíble de toda una ciudad como Nueva York...

—¡Fandom, a mí! —gritó ella—. ¡Muerte para Maddox...!

—¡No, perra maldita! —jadeó Young, en el paroxismo de su cólera

—. ¡No ordenes muerte para nadie! ¡Yo te aplicaré mi propia justicia, canalla demente! ¡Y puedes decir que quien te mató no fue Lyman Maddox, sino un oscuro agente llamado Hasper Young, maldita...!

La lucha era feroz. Ella sabía pelear, sin duda porque conocía el karate y el judo, pero la presa de un hombre luchador como Young, llevado además por el impulso formidable de su ira, resultaba demasiado obstáculo para ella.

Cayó, medio vencida. Pero logró apoyar la mano en los botones de su asiento, allí donde el brazo no era sino una serie de mandos y de llamadores a distancia.

Inmediatamente, irrumpieron hombres armados en el comedor. Se abalanzaron sobre Young, empuñando sus armas automáticas.

Maddox cruzó una pierna como al azar, provocando la caída de varios de ellos. En la confusión, asiento y mesa se volcaron. Alguien Quebró el vidrio de la pantalla, y el televisor extinguió su dantesca escena, en medio de chisporroteos interiores y estallido de vidrios y de los tubos catódicos.

Pero aun así, Young estaba perdido. Alguien le golpeó brutalmente en la nuca. Maddox trató de intervenir, cuando su camarada era

apartado, aturdido por el golpe, separándole del cuello lacerado y sangrante de la dama.

Otro disparó a quemarropa sobre Young, tres o cuatro veces. Maddox cerró los ojos con horror. Tania Blansky gritó agudamente. Dahlia sollozaba, en brazos de su padre.

Hasper Young cayó atrás, derribando un mueble, con su cabeza destrozada a balazos. Su mirada patética, en medio de un baño de sangre, fue para Maddox. Para el auténtico Maddox, su camarada de peripecias...

Lyman respiró hondo, sintiendo frío en su piel, en su helado sudor, en su cabello erizado. Había sido terrible todo. Y muy rápido. Tanto, que ni siquiera pudo hacer nada eficaz.

Diamond Queen, colérica, lívida, dolorida, se erguía lentamente. Y ahora tenía poca semejanza con una mujer o con una belleza como era la suya.

—De modo que Hasper Young... —señaló al caído—. ¡El no era Maddox...! Ha sido un engaño, un sucio engaño...

Se encaró con Tania Blansky, que respiró hondo. Los soldados armados rodeaban a todos. No había evasión posible.

—¿Por qué usted le llamó Maddox y le besó? ¿Era un complot? ¿Y usted, señorita Robards, también estaba mezclada en el engaño?

—No, no... —jadeó Tania—. El debió enloquecer: El era Lyman Maddox...

—Siempre estuve segura de que había algo raro en él. No era tan brillante como Maddox. Ni tan superior como decía de él mi informe computado previamente... No, Maddox no hubiera sido tan vulgar... Ustedes sabían que él no era Maddox, pero siguieron el juego. ¿Por qué, mis queridas amigas? Muy sencillo: porque ustedes no querían desenmascarar al verdadero Maddox...

Se quedó mirando a todos ellos. Su tono se elevó, rabioso:

—¡Y yo sé ahora quién es Maddox! El más brillante, astuto, audaz, inteligente de todos... ¡Lone, usted es Maddox!

Lucky Lone se quedó quieto. Miró a Diamond Queen. Podía negar y negar mil veces. Pero sabía que era inútil.

Había sido descubierto. Nada ni nadie persuadirían ahora a la dama del pelo platino de que no estaba en lo cierto.

Sí. El juego había terminado.

—Es cierto —suspiró—. Soy Maddox. Después de todo, ya poco

importa...

CAPÍTULO VIII

FANDOM FORTUNE

Poco importaba ya todo.

El presidente, anonadado dejó de contemplar el espectáculo terrible en el televisor. Con la boca seca, convulso, avanzó hacia donde otros presentadores y gentes excitadas rodeaban las cámaras de TV, esperando la llegada del presidente, para la anunciada alocución.

El presentador avisaba, con urgencia en su voz:

—En estos momentos, señores, para calmar a la opinión pública y a aclarar lo sucedido en sus televisores, el presidente va a hablar y...

El presidente iba a salir ya, para dirigirse dramáticamente a su pueblo, cuando Shark penetró, lívido, como una exhalación, en el gabinete de la Casa Blanca, en pleno pandemónium.

—¡Esperen, esperen todos! —aulló—. ¡Las cosas no son como creen, esperen!

—¿Qué sucede, Shark? —Se volvió a él el primer magistrado.

—Escuche esto, señor. Son dos informes diversos. De distintos puntos. Coinciden en todo, acabo de comprobarlo ya...

—¿De qué se trata, Shark?

—Vea este mensaje, señor:

«Informe de testigos presenciales del simulacro: Todo sin novedad en Manhattan. No hubo accidente. La gente puede volver a sus casas».

—¿Qué? —jadeó el presidente, sin entender.

—Yo tampoco lo entendía, señor... hasta compaginarlo con este mensaje llegado por radio, hace unos instantes. Lea, por favor.

El presidente leyó, dominando su estupor y desorientación:

«Todo cuanto vieron en televisión fue falso. Una simple ilusión, creada electrónicamente. Podemos “crear”

imágenes..., pero también podemos llevar a la práctica, mediante una programación especial en un potente sistema vibratorio electrónico, la misma destrucción que en un principio hemos creado artificialmente por simples impulsos electrónicos dando imágenes de televisión de lo que sería la acción de nuestra arma sobre las ciudades. Es sólo un aviso. Nueva York, puede ser destruido realmente. Lo fue solo teóricamente. No dejen que llegue a la práctica. Si aceptan nuestras condiciones, no habrá repetición real de lo sucedido.

»Utopía«.

—Pero... ¡pero esto no es posible! —jadeó el presidente—. Todos lo hemos visto...

—Sí, señor. Pero se ha confirmado todo. No ocurrió nada en Nueva York... salvo en las imágenes televisadas, que fueron interferidas por la señal emitida por un poderoso sistema hertziano, desde algún punto ignorado. Vimos lo que ellos quisieron que viéramos, en tanto allí no sucedía realmente nada...

—Pero si es cierto todo eso... ellos pueden repetirlo, esta vez en la realidad, Shark...

—Pues, a la vista de lo ocurrido... me temo que sí, señor. No hay duda de que han obtenido un arma nueva un sistema electrónico de destrucción, realmente terrible...

—Hemos de hacer algo, Shark. Lo que sea...

—No podemos hacer nada, señor, en tanto Maddox no de señales de vida...

* * *

—Maddox... Nunca volverá con vida a su país. ¡Nunca...!

—Lo imagino, Señora. No lo olvide.

—De modo que todo fue un feo complot, un engaño... Así se quedaría conmigo el brillante rufián llamado Lucky Lone... ¡Un enemigo en casa en todo momento, hasta venderme al enemigo

vilmente!

—Somos enemigos, Señora. No lo olvide.

—No, no lo olvido. Somos enemigos, Maddox. Y usted perdió.

—Bien. Admito la derrota. Algún día llegará la suya.

—Sabe que no. Nunca perderé la partida. Todos los triunfos son míos. Maddox. Ahora, sobre todo. No hay acuerdo ya... Ni el profesor ni nadie será devuelto. Tengo el dinero. Y tendré mucho más. La transmisión de las imágenes de esa teórica destrucción urbana, habrá llenado de horror a todos. Saben lo que soy capaz de hacer.

—Saben lo que es capaz de crear en un televisor, no en la realidad.

—¡Puedo hacer ambas cosas! —Se enfureció ella.

—Oh, claro. Usted y el genial Fandom Fortune, su compinche misterioso... Los dos futuros emperadores del orbe... No, Diamond. No llegarán tan lejos. Ni mucho menos. Una cosa es engañar a la gente con una falsa transmisión. Otra, muy distinta, aniquilar realmente ciudades, países...

—He demostrado que el poder de nuestras máquinas es formidable. La máquina central fue la que dio esa impresión de realidad a las imágenes. Igual podrá crearla en la vida real. Está programada para repetir todo lo que pueda imaginar en líneas electrónicas sobre una pantalla.

—Si fuese cierto, sería una invención diabólica...

—Desgraciadamente, me parece que sí es cierto, Maddox —terció cansadamente el profesor Robards, presente en la misma cámara que servía ahora de prisión al agente del

S. I. S..

—¿Seguro, profesor? —dudó Lyman.

—Completamente. He visto los ingenios electrónicos que posee esta mujer. Es algo infernal, créame. Puede hacer cuanto desee. Destruir, imaginar, aniquilar... Y nunca vi maquinarias de cibernética tan avanzadas...

—¿Y ese tal Fandom Fortune las creó?

—Es lo que ella dice.

—Bien. ¿Quién es Fandom Fortune, profesor? ¿Lo vio usted alguna vez?

—No, nunca —confesó el sabio—. Es raro, ¿no? Un hombre así..., y no verle jamás...

—¿De veras quieren conocer a Fandom Fortune? —Le brillaron los ojos a ella, fijos fanáticamente en Lyman Maddox.

—Sí, es lo que más me gustaría —admitió él.

—Tendrá ese placer... ¡antes de ser ejecutado, Maddox!

—Muy bien —sonrió fríamente Lyman—. Cuando me nos, me llevaré un recuerdo al otro mundo: el del superior Fandom Fortune... El mayor genio de todos los tiempos, según parece.

—Usted se inclinará ante él, Maddox —aseguró ella roncamente—. ¡Ya lo verá!

Y dio una orden imperiosa a sus hombres.

Se acercaron un oficial y unos soldados. Poco después, Maddox y el profesor Robards iban hacia la Sala Uno, donde la Computadora Central era activada por una sola persona: el extraño, fantástico Fandom Fortune.

* * *

Los soldados se alinearon ante la puerta hermética.

Ella avanzó hasta esa puerta. Dio una orden seca, tajante:

—Que nadie se atreva a penetrar ahí dentro, bajo pretexto alguno. No se mueva ninguno de este lugar. Saben cuál es la ley: pena de muerte a quien trate de ver o hablar a Fandom Fortune, nuestro señor y emperador de Utopía.

—Sí, Señora —afirmó rígidamente el oficial.

Ella accionó un cierre magnético. La puerta se deslizó silenciosamente. Robards y Maddox se miraron. Entraron con ella.

—Mejor será que no intenten nada —dijo ella—. Su muerte sería horrible. Fandom no perdona. Y se basta para protegerme y cuidar de mí, sin soldado alguno...

Los dos hombres, perplejos, siguieron a la dama por el circular reducto en que se hallaban. Los muros eran millones de parpadeos, de centelleos, de pantallas luminosas, de controles, de toda clase de sistemas electrónicos, de complejos circuitos. Una colosal máquina computadora.

Pero Maddox seguía sin ver a nadie. Fandom no aparecía por parte alguna. Robards parecía tan intrigado como él mismo.

—Ésta es la Computadora Central, profesor —dijo ella, orgullosa—. ¿Se da cuenta?

—Es prodigiosa —afirmó él, sobrecogido—. La más perfecta que vi jamás...

—No ha visto apenas nada. Debajo está la auténtica máquina superior, el cerebro electrónico propiamente dicho, del que esta computadora es sólo una parte, la más manejable. Allí está Fandom Fortune esperándonos...

El suelo bajó. Era un suelo que formaba una amplia plataforma circular, dejando arriba solo una banda circular, como un pasillo breve, en torno a los tableros de la computadora.

Les condujo abajo. A un increíble pozo profundo, repleto de millones y millones de circuitos. Todo vibraba, zumbaba, convertido en millones de luces y pestaños. Maddox cerró los ojos.

—La cabeza... —jadeó—. Me duele.

—Ha pensado en atacarme —replicó Diamond—. Por eso le duele. Fandom le ataca.

Maddox pestañeó. Era cierto. Pensaba atacar a Diamond, buscar un medio desesperado de fuga. Ella lo sabía. Y «alguien», le provocaba dolor de cabeza. Se tocó las sienes, irritado.

—Son algo... Ondas... —jadeó—. Me golpean brutalmente.

—Olvide sus ideas agresivas, y eso terminará —dijo ella, con sequedad.

—Entiendo. —Robards miró a Maddox, sombrío—. Impulsos electrónicos al cerebro. Todo es aquí, una colosal central de energía electromagnética. Accionada debidamente, es un arma demoledora. Comprendo que pueda «crear» imágenes ficticias de algo que nunca pasó, y reproducirlas en un televisor. Comprendo también por desgracia, que pueda causar el mismo cataclismo, si alguien se lo ordena...

—Fandom... —musitó Maddox—. El maneja todo esto, ¿no es cierto?

—Sí —afirmó Diamond Queen, con orgullo—. El lo maneja todo. Pronto lo verán. Ahí está, abajo, justo ante nosotros ya...

El suelo se detuvo. Salieron. Era como hallarse en un alucinante laberinto electrónico, una sima de luces, cables, paneles, tableros pantallas, zumbidos...

Ella señaló a un lugar concreto. Dijo, con arrogancia:

—Ahí está. El es Fandom Fortune.

Miró hacia allá Maddox. También Robards.

Ambos sintieron que sus cabellos se erizaban.

—¡Cielos, no...! —jadeó Maddox, atónito.

FINAL

Pero estaba seguro de que sí. Que era él. Fandom Fortune en persona. Fandom Fortune... tal y como siempre lo había sido. Ahora entendía mejor todo aquello. Y sentía un verdadero horror recorriéndole la espina dorsal, como un trallazo gélido.

—Fandom... —musitó—. Usted...

La cabeza le contempló.

Era sólo eso: Una cabeza.

Una cabeza humana, emergiendo de... de una enorme caja metálica, inmóvil en medio de la sala ante paneles y paneles electrónicos.

—Antes era físicamente como todos... —habló con orgullo ella—. Mi Fandom...

—¿Y... dentro de esa caja metálica? —preguntó Maddox.

—No es una caja —sonó la voz extraña, chirriante, de Fandom Fortune, saliendo de aquella cabeza de hombre, de pelo ralo y rostro macilento, de ojos glaucos y extraños—. Es... una computadora más. Mi cuerpo, mi sangre, mis pulmones, mi corazón, todo yo... excepto mi cerebro, mi cráneo, mi rostro, que es todo lo que quedó...

—Lo que quedó... ¿de qué?

—Del accidente. El estallido de computadoras, el caos. Creí morir. Pero había creado este cuerpo experimental electrónico. Pudieron aplicármelo. Ahora, sólo soy un muñón humano dentro de esta máquina... Pero soy poderoso. Muy poderoso. El más grande biocibernético de todos los tiempos... Sólo que tengo cuarenta años. Y llevo ya veintidós aquí...

—Ahora entiendo... —musitó Robards—. Una vez hubo un científico precoz... Dijeron que había muerto...

—Era yo. Y no he muerto... Vivo, profesor. Aquí, en mi mundo electrónico, que convertiré en amo del orbe... Diamond me ayuda. Ella siempre me ha sido fiel... Mi esposa amada...

—Usted... su esposa... —Se horrorizó Maddox.

—También en casarse fue precoz —acarició la horrible cabeza

humana, sujeta a una máquina—. Pero le fui fiel...

—Cielos... —musitó Robards—. Es espantoso todo...

—Para ustedes lo será —dijo ella—. Fandom y yo iremos adelante, hasta ser los más ricos y poderosos... Su fortuna y la mía bastaron para crear esto. Luego, robamos, asesinamos, fuimos piratas, salteadores... Hemos obtenido mucho dinero. Y empezamos la carrera por el poder. ¡Venceremos!

Estaba inclinada, hablando con orgullo, mirando a Fandom con arrogancia.

El profesor Robards, de repente, tropezó. Cayó hacia Fandom...

—¡Cuidado! —aulló la cabeza unida a la máquina.

Diamond se revolvió, para evitarlo. Maddox notó que Robards se agitaba, sacudido por espasmódicos impactos de ondas magnéticas en su cráneo. Fandom se defendía.

Pero se enfrentaba a un cibernético. Sabía dónde golpear. Y golpeó.

El pie de Robards pegó fuerte en un disco luminoso, rojo situado en medio de la horrible caja metálica. Sintió Maddox el crujido de vidrios. Hubo un crispazo, Y empezó a centellar la luz...

Fandom, horrorizado, aulló. Chispas y humo brotaban entre su cuello y la máquina. Jadeó, buscando aire.

—Mi mi sistema... respiratorio... electrónico... —gimió, ahogándose.

Diamond pretendió hacer algo por él. Pero era inútil. Empezó a arder su ralo cabello. Se chamuscó su rostro, su piel, entre aullidos horribles, Maddox, rápido, cargó contra la enorme computadora en torno. No notó ya las radiaciones mentales. Era Fandom quien las emitía. Ahora, envuelto en humo y llamas, quemándose su piltrafa viviente en el interior de su envoltura metálica, ya no podía hacer nada...

* * *

—Fue horrible...

—Horrible, pero necesario. Fandom ya no existe. En realidad, hacía años que eso no era existir. Un enfermizo ente, una masa formada de metal, de circuitos, de una cabeza... Es el mal de dominar demasiado la técnica...

—Y el profesor, de una simple patada, lo resolvió —dijo Shark,

aturdido.

—Me di cuenta de que era el único medio —asintió el profesor. Miró a éste y a su inseparable Tania Blansky—. Aquel punto era vital en sus circuitos. Averiándolo, todo se alteraba. Mi cabeza ha sufrido mucho en el empeño..., pero lo conseguí.

El presidente tendió la mano a cada uno, felicitándoles con una ancha sonrisa cordial.

—Cuando el mundo sepa esto, no sé lo que pensará. Pero yo sí lo sé, amigos. Hicieron mucho por este país. Y por la humanidad. Su idea de utilizar la computadora para paralizar a los soldados y servidores de Diamond Queen, mediante ondas electrónicas, fue muy inteligente, Maddox.

—Sí, señor. Nos permitió conquistar esa base, sin pérdida de vidas. Fue algo importante, la verdad... No corrió sangre. No sucedió nada...

Respiró hondo Maddox, abrazando a Tania contra sí mismo.

Todo había pasado, al fin. Estaban de vuelta en casa. De regreso, tras el horror vivido. Las mismas armas que inventaran aquellos dos dementes para conquistar el mundo, se volvieron contra ellos, al fin...

Era un buen final para todos.

Así fue cómo Nueva York fue destruida, un día.

Así fue como todos vieron en sus pantallas de TV el fin de la mayor ciudad del mundo.

Ocurrió, en realidad. Pudo haber ocurrido, ciertamente. Pero no pasó de ahí la historia del día en que Nueva York fue destruida.

Afortunadamente para el mundo. Afortunadamente para la ciudad. Afortunadamente para todos.

Un hombre, un agente especial norteamericano, evitó que lo imaginado por una computadora genial, fuese luego realizado en la vida real.

Se había ganado la felicitación de todos. Y el afecto de su país. Y de otros países...

Pero de la realidad completa nunca se informó al mundo. Se archivó el caso, tras explicar que la gente había presenciado por televisión lo que podría ser el fin de las ciudades, en medio de un ataque nuclear.

Eso silenció una realidad que, acaso, hubiera creado en muchos la

psicosis de que, con el tiempo, la historia del día en que Nueva York fue destruida, podía ser verdad.

No valía la pena revelar lo ocurrido. Y no se reveló.

El

S. I. S.,

tiene ese hecho en sus archivos. Pero es muy posible que a nadie se le autorice a husmear en tales archivos, a fin de cuentas.

Y el caso siga siendo un enigma para todos.

Es mejor así. A fin de cuentas, nadie ganaría nada con conocer la verdad.

Nadie. Ni siquiera el mundo. Ni Nueva York. Porque, ciertamente, no tenía nada de agradable ver cómo un día... fue destruida Nueva York.

Aunque ello jamás llegara a suceder realmente.

Pero pudo haber sucedido.

Y aún puede suceder...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; Sexy Cat (Julio Pérez Tabernero, 1973) y El pez de los ojos de oro (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas tuyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas La conjura (2009) y La clave de los evangelios. En Morsa ha publicado La noche de América agonizante y su autobiografía, Yo, Curtis Garland.

Notas

[1] Lucky, en inglés significa «afortunado». *Lone*, en el mismo idioma, solo o «solitario». < <

[2] Fort Knox es el lugar donde se guardan las reservas de oro de los Estados Unidos de América, y cuya cuantía sirve de garantía-oro a la moneda nacional. Naturalmente, se considera el lugar más seguro y mejor vigilado de todo el país. < <